

# Burbujas de sal

*Su pasión cautivó su sueño.*

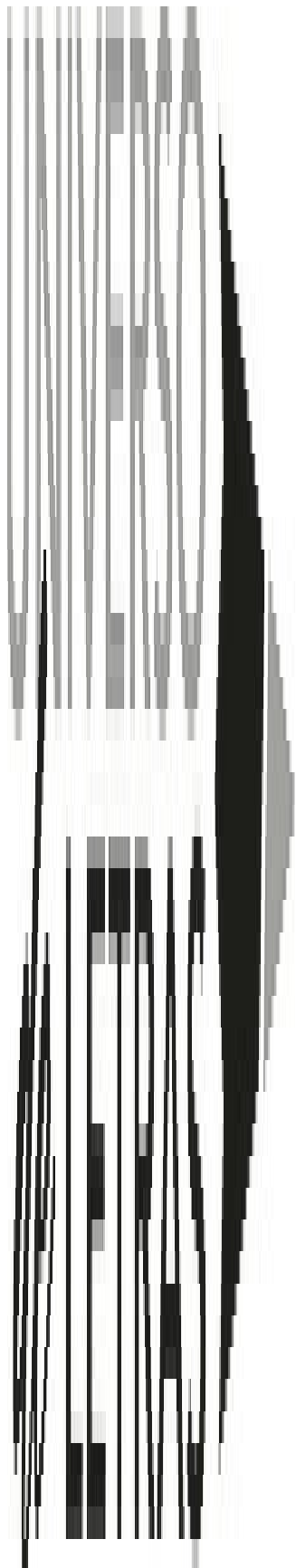
FRANCISCO UTRERA LEAL

UNIVERSO  
de LETRAS 

Burbujas de sal

*Burbujas  
de  
sal*

FRANCISCO UTRERA LEAL



## **Burbujas de sal**

Francisco Utrera Leal

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Francisco Utrera Leal, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

[www.universodeletras.com](http://www.universodeletras.com)

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417740627

ISBN eBook: 9788417741648

*Esta historia está dedicada a mi hija y sobrinos. Para que creáis en vuestros sueños, vosotros sois quienes me habéis entusiasmado para escribir esta historia.*

*Pero en especial a ti, Nayala, que me has vuelto a llevar a ese mundo mágico de fantasías con tus frases como: «¡Me cango!» o «¡Papi, te quiero mucho!».*

# Capítulo I

Como empieza una canción, comienza la vida de un joven llamado Erik. Era un chaval de diecisiete años con aire sureño y piel morena blanquecina por el salitre del mar. Pelo castaño con las puntas descoloridas por el efecto del sol y la acción del agua del mar.

Vivía en un pueblo pesquero donde el turismo de verano triplicaba su población.

Su tío Pepe, conocido como el Caña, tenía junto a la playa un chiringuito familiar muy original llamado Sotavento.



Presentaba una decoración marinera cuyas paredes tenían una hermosa red vieja de pesca de su amigo Puchi, un viejo pescador. Este siempre estaba allí sentado, desde el amanecer hasta la puesta de sol. Le encantaba contar batallas de su dura vida en el mar.

Erik muchas veces se sentaba a su lado, le encantaba escuchar las historias de Puchi. Además, el viejo Puchi, que era muy habilidoso, tenía un maletín que usaba como mesa para fabricar pulseras, anillos y distintos ajuares. Los hacía con dos alicatillos e hilo de plata.



Una tarde que Erik estaba por el chiringuito le pidió que le enseñara a hacer una pulsera y Puchi respondió con una risilla:

—Pues claro, chaval. Mira, cógete esa silla y siéntate junto a mí.

Puchi, aún sonriendo, le guiñó un ojo. Erik se quedó un poco traspuesto al notar algo raro en su otro ojo y es que era de cristal.

Puchi, al percatarse, soltó una carcajada y Erik se puso rojo como un tomate, pero siguió intentando hacer esa pulsera en la que estaba poniendo tanto empeño.

Su tío el Caña, como lo llamaban por allí, le dijo con voz ronca:

—¿Eso es lo que vas hacer todo el día? ¡Ponte unas chanclas y una camisa! Ayuda a tu tía a cortar el pescado que esta noche va a haber jaleo.

Pepi, que escuchó al Caña, dijo:



—¡Deja al niño! Ya está todo preparado. Déjalo que disfrute que ya tendrá tiempo para trabajar.  
Erik, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja siguió ahí con su pulserilla mirando las manos de Puchi. Las tenía muy envejecidas por los años que había trabajado en la mar.

—Puchi, ¿has visto alguna vez a una sirena? Me dijo mi hermana que eras capitán de un barco.

Puchi, con cara de asombro, le respondió que sí. Erik seguía preguntando muy entusiasmado:

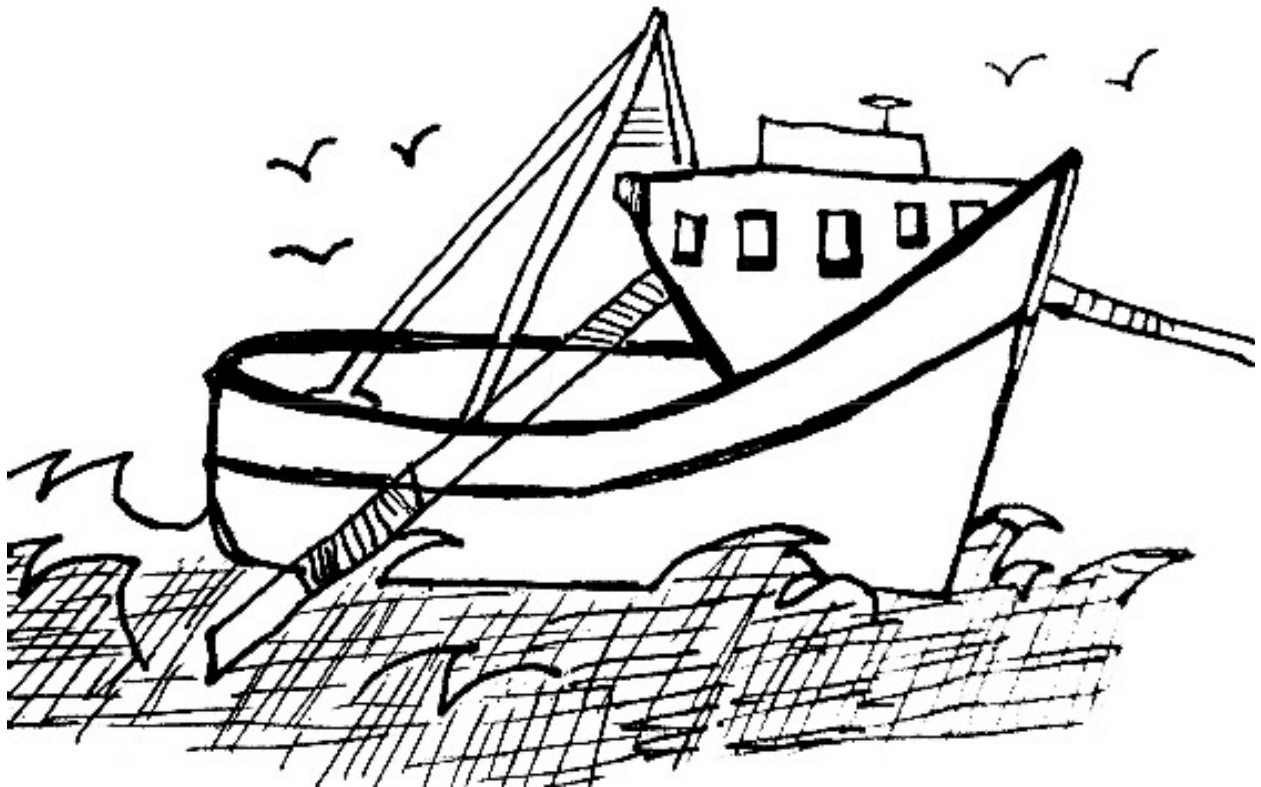
—¿Cómo es? ¿tiene agallas?

—Pues claro que no, es una criatura bellísima. Una vez vi a una y me salvó la vida, tan bonita era que me enamoré de ella.

—¿Te enamoraste de una sirena?

—Sí, me enamoré de una sirena. Te voy a contar la historia...

»Estaba yo navegando en mi barco «el gaviota», era la temporada de los pulpos y recuerdo que el día estaba nublado. A veinticinco millas de la costa donde Dios no gobierna y con olas de cuatro metros empezamos a recoger las nasas, recogimos la mitad de ellas. El tiempo empezó a ponerse muy agresivo. Estábamos muy contentos y eufóricos con lo que habíamos capturado. Pasó una hora y seguíamos recogiendo nasas, pero nos sorprendió una gran ola que nos entró por estribor. En unos minutos perdí el gobierno del «gaviota», mi hermoso pesquero que tanto he añorado todos estos años.

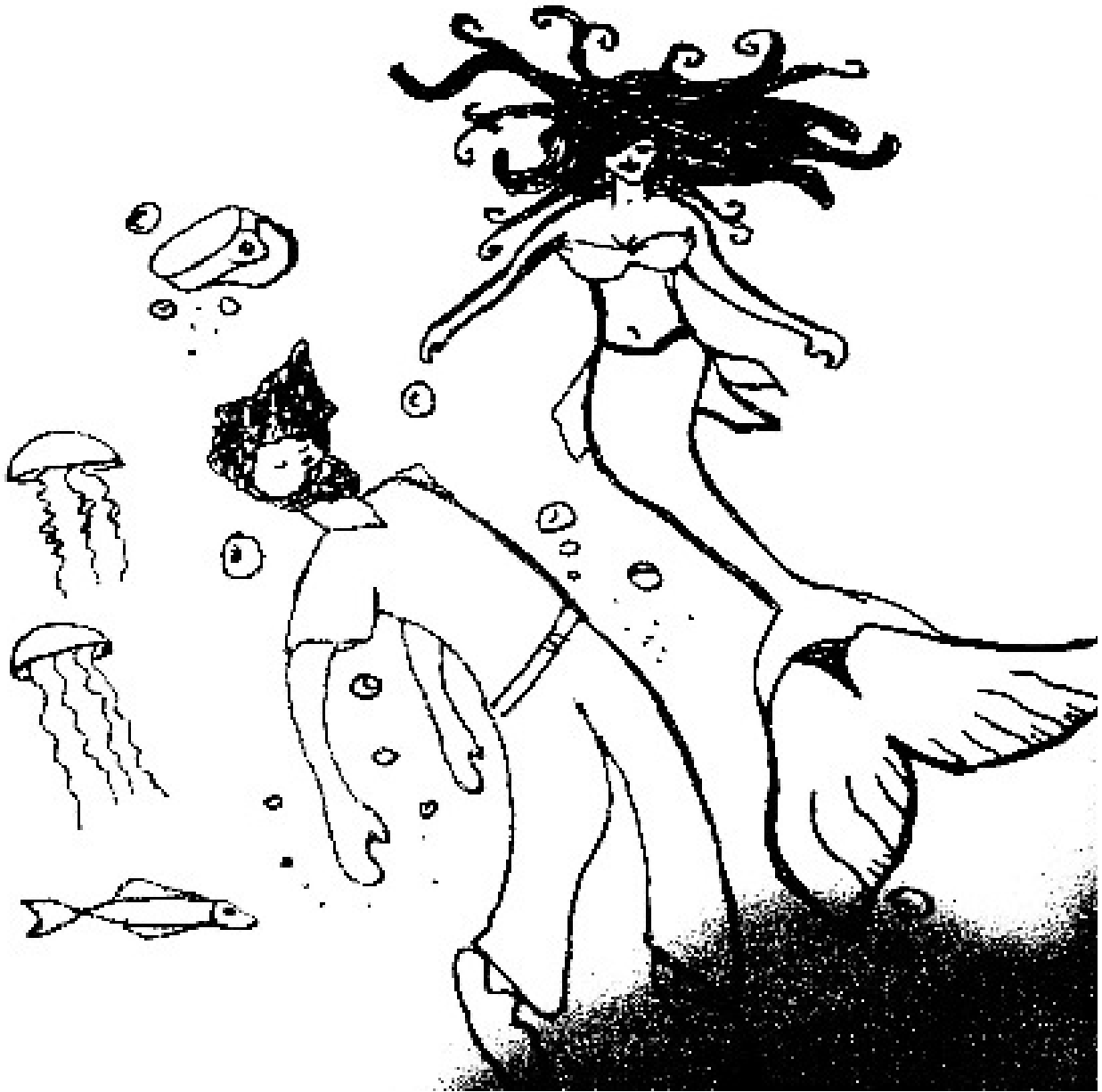


»Esa monstruosa ola nos sacudió con tanta fuerza que lo partió por la mitad como una cáscara de nuez, destrozó los estabilizadores. Ya no había forma de seguir el rumbo.

»Era todo un caos... cabos partidos y las capturas por la cubierta. El rebufó de las olas nos zarandeaba y no podía sujetar el timón.

»La tripulación me esperaba. Estaban arriando el bote salvavidas al agua. Salí del puente de gobierno hacia el bote con la mala suerte de que uno de los grilletes que sujetaba un cable de acero de los estabilizadores se partió y fue a parar a mi cara. Tan fuerte me dio que caí inconsciente al agua.

»Desperté y vi cómo me hundía con mi barco, mi cuerpo estaba paralizado, me iba para el fondo como una gota de agua en un mar de aceite. Poco a poco sentía que me apagaba. Mis pulmones estaban encharcados de agua, ya no tenía aire. De repente alguien me sujetó y recuerdo dejar caer mi cabeza sobre su regazo y ver esa cara tan bonita. Tenía unos ojos grandes almendrados y un pelo negro azabache que dibujaba el vaivén del agua. Acercó sus labios sobre los míos. Sentí una burbuja en mi boca la cual desprendía una luz brillante que recorría todo mi cuerpo con un frescor que me devolvió la vida y fuerza para salir a la superficie nadando, dejándola atrás. Ella me sonreía.



»Cuando llegué a la superficie me agarré a un tablón de madera de la cubierta del «gaviota» que estaba allí flotando con un cabo que tenía el tablón clavado. Me amarré y allí estuve a la deriva tres días sin agua y nada para comer. Tenía los labios agrietados y la piel quemada por el sol.

»A la mañana del cuarto día pasaba un pesquero por allí, levanté un brazo para llamar su atención pero pasaron de largo. Mucho más tarde volvieron a pasar y volví a levantar el brazo. Escuché la bocina de aquel pesquero que se acercaba hacia mí.

»Me socorrieron y se quedaron sorprendidos. Me contaron que en el pueblo me daban por desaparecido porque la tripulación vio cómo me tragaba una de esas gigantescas olas.

»Bueno, Erik, esta es mi historia. ¿Ahora comprendes por qué me siento aquí desde que amanece hasta que oscurece? Aquí seguiré sentado mirando el horizonte a ver si algún día vuelvo a verla.

—Puchi, no se cómo te pudiste enamorar de una sirena si es mitad humana y mitad pez.

El viejete Puchi lo miró, cogió con sus dos manos la gorrilla descolorida de capitán que tenía en la cabeza y apretándola contra su pecho le dijo:

—Chaval, te queda tanta vida que te enamorarás de tantas personas y cosas que algunas te serán imposible olvidar.

—Bueno, dejemos ya esta historia que me pongo sentimental y enseñame esa pulsera a ver qué tal te ha quedado.

—Mira cómo me quedó, ¿te gusta?

—Sí, te ha quedado muy bonita. ¿Qué harás con ella? ¿Se la regalarás a alguna chica?

—Creo que la guardaré y ya veré qué hago con ella.

—Bueno, chavalillo, voy a ir recogiendo que se me hace tarde y mañana hay que madrugar para pasarme por la lonja a ver a mis viejos amigos. Ya nos veremos otro día, Erik.

—Claro, Puchi, me encanta escuchar tus historias. Otro día me cuentas la de ese gran pez que cogiste.

—Sí, no lo dudes, eres un buen chaval y me caes muy bien.

Erik ayudó a recoger todos los bártulos y se despidió de Puchi. Fue directamente a la cocina a enseñarle la pulsera a su tía Pepi.

—Mira, tita, la pulsera que me enseñó a hacer Puchi. Es de plata. Me senté con él y me contó una historia. Tía, ¿sabías que Puchi tiene un ojo de cristal y que una sirena lo besó en el mar?

—Ja, ja, ja, este Puchi siempre con sus historias. Erik, no seas ingenuo, las sirenas no existen, le gusta inventar historias, pero es un buen hombre y fue unos de los mejores capitanes de barco de pesca de su tiempo. ¡A ver que vea esa pulsera! ¡Qué chula te quedó, cariño! Guárdala no vaya a ser que la pierdas. Pégate una ducha y ahora ven para cenar.

—Vale, me ducho, ahora vengo.

## Capítulo II

Erik salió de la ducha y fue a ver a su tía.

—Tía Pepi, ¿dónde está el primo Mario?

—Tiene que estar al llegar, tu tío fue a por él. Tuvo que llevar a Nerón al veterinario porque cojeaba de la pata delantera derecha, pero no sé qué le habrá pasado.

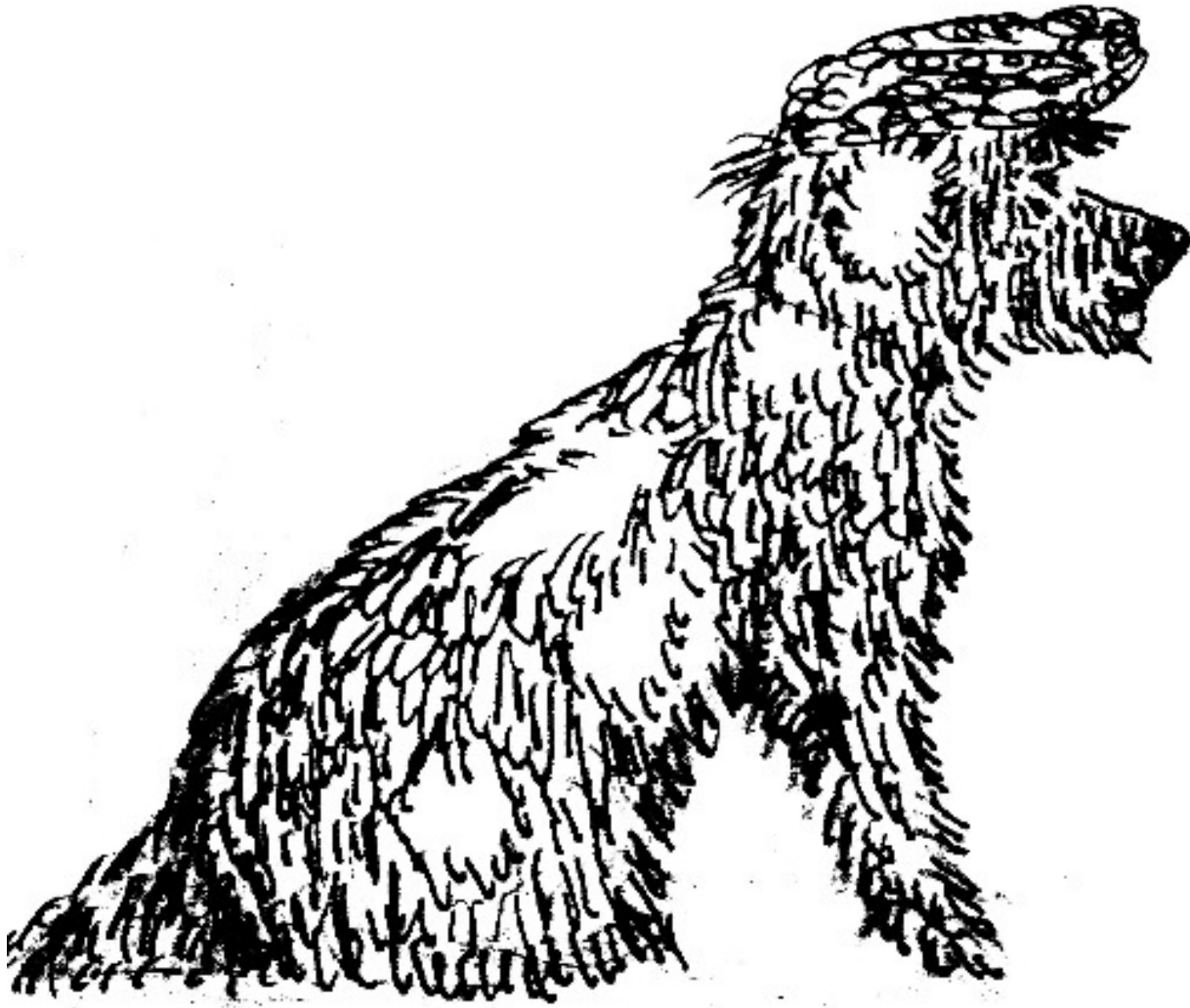
En ese justo momento entraba al chiringuito el Caña, Mario y Nerón.

Nerón era un perro muy raro, una mezcla de perro de agua con pastor belga. El cuerpo era como el de un perro de agua, lo raro es que su pelo era largo y liso color chocolate con manchas blancas. En la cabeza tenía un tupe rizado blanco, eso sí; un perrillo muy noble pero un poco loco, siempre iba a su bola.

Erik se acercó a Mario para preguntarle qué le había dicho el veterinario porque parecía que ya no cojeaba.

—¿Mario, qué te dijo el veterinario?

—El veterinario lo examinó. ¿A qué no sabes qué le encontró, Erik? Un anzuelo clavado en la pata, pero es normal, siempre está por allí junto a los botes de pesca, le gusta estar tumbado en las redes recién sacadas del agua. Le encanta el olor a algas. Ja, ja, ja, ¡húelelo!, ya verás cómo huele a cangrejo.



Erik y Mario reían a carcajadas mirando a Nerón que parecía que entendía lo que estaban hablando.

—Erik, ¿qué has hecho hoy?

—He estado esta mañana allí en los arrecifes. Me puse con el salabar a coger camarones, cogí medio cubo y se lo di a tu madre. Me dijo que nos iba a hacer unas tortillitas de camarones para cenar, la verdad que el día se me fue volando y esta tarde estuve con Puchi que me enseñó a hacer pulseras y me contó una historia. Mira la pulsera.

—Muy chula, mañana me enseñas cómo se hace.

—Claro, si me acuerdo, no te preocupes, cuando esté Puchi por aquí nos sentamos con él y que nos lo explique. Mira, ahí está tu madre con la bandeja de tortillitas de camarones.

Salieron como dos galgos hacia la barra. Su tía les dijo que se sentaran en la mesa con los camareros para cenar. Estaba Jon, un alemán muy grande y fuerte que le encantaba la cerveza.

Hablaba castellano un poquito raro. También estaba Mauri, que era francés, muy correcto y con un gran talento con los idiomas.

Natali era hermana de Erik. También se sentó a la mesa a cenar, ella ayudaba a sus tíos en la cocina del bar. Sus padres murieron muy jóvenes en un accidente de avioneta. Natali ejerció de padre y madre al mismo tiempo. Erik la quería con locura, siempre la escuchaba y le hacía muchísimo caso. Natali le preguntó:

—¿Dónde vas a dormir esta noche?

—Esta noche me quedo con Mario aquí en el bar.

—Bueno, entonces te quedas con él hoy.

—Sí.

El bar tenía una especie de altillo donde había cinco o seis colchones donde dormían los camareros por las tardes. Ellos lo tenían todo estudiado. El tío Caña tenía allí dos máquinas de videojuegos, un billar y un futbolín. Todas las noches el Caña mandaba a los dos muchachos a recaudar las máquinas. Él era quien tenía las llaves de ellas y esa misma noche ellos estaban esperándolas. El tío mandó a recoger poco a poco, aún había clientes en el bar tomándose las últimas copas. Empezaron a recoger mesas, sillas, sombrillas, etc., de la terraza del bar y el tío con las llaves colgadas. Erik y Mario se hacían los remolones por allí esperando aquella señal. Definitivamente el tío echó mano de las llaves y ellos se miraron con complicidad y fueron rápidamente junto a él que estaba haciendo la caja del día.

—Mario, toma las llaves de las máquinas, vamos a hacer recuento —dijo el Caña.

—Vale, papá —dijo Mario.

Enseguida los dos primos hicieron su trabajo. Escondieron algunas monedas y el resto se las llevaron al Caña que las contaba metiéndolas en bolsitas con un papelito con la cantidad. Las usaba al día siguiente para el cambio.

Era la hora de cerrar el bar ya. Apagaron las máquinas y se quedaron los dos sentados despidiéndose de todos. En cuanto su tío salió por la puerta Erik la cerró con llave y se asomó a la ventana.

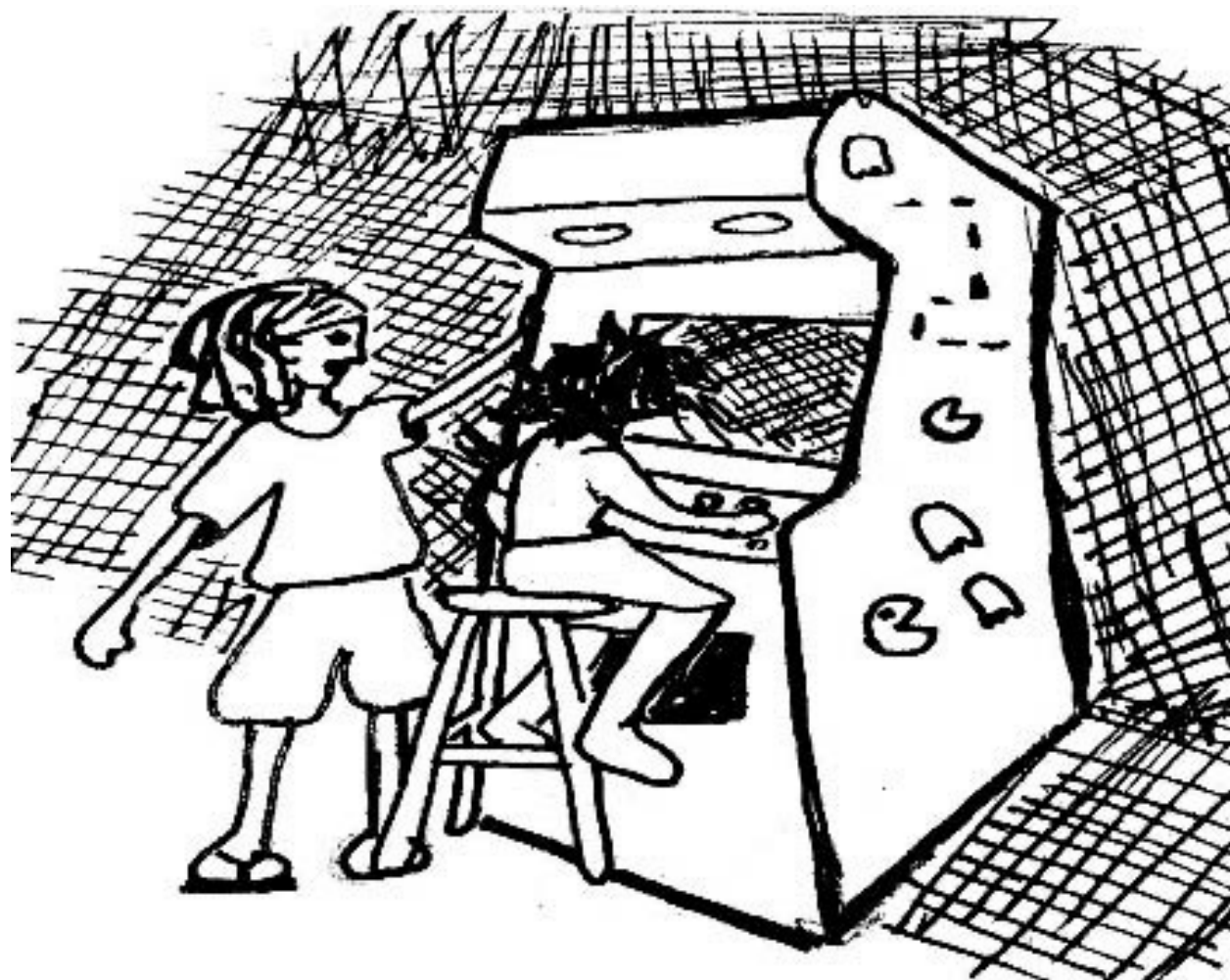
—¡Mario, ya se han ido todos!

Encendieron otra vez las máquinas, cogieron todas las monedas escondidas y se pusieron a jugar.

Al cabo de dos o tres horas, cuando ya no les quedaba crédito, apagaron las máquinas y se fueron a dormir. Escucharon la puerta y se asomaron por encima de una red que tenía el techo. Vieron a Mauri entrar con una chica y se pusieron a espiarlos.

Entraron detrás de la barra, cogieron dos vasos, cubitos de hielo, ron y cola. Se sentaron en una mesa para hablar. Los muchachos miraban pero con la red no podían ver bien. Cuando se bebieron las copas se levantaron y fueron a la parte de atrás donde estaban las duchas públicas. Estas solo se abrían cuando el bar estaba abierto al público, pero sí tenía acceso por dentro del bar donde se guardaban las cajas de refrescos. Mauri y ella se empezaron a besar y los dos muchachos con media cabeza por fuera miraban hacia abajo. No se podían creer lo que estaban viendo... Mauri

se percató de que ellos estaban allí, les guiñó un ojo y se escondieron avergonzados. Al cabo de un rato el cansancio se apoderó de ellos.





## Capítulo III

Al día siguiente al despertar, Erik vio que Mario no estaba. Bajó del cuartucho por una escalera de aluminio que tenía allí colocada y fue a darse una ducha en los servicios públicos donde estaba Damián. Era un hombre mayor que pasaba allí todo el año. Se dedicaba a que los aseos estuvieran limpios en verano y era el guarda del chiringuito en invierno. Su señora Rosario lo ayudaba. Los servicios estaban separados, caballeros a un lado y señoras al otro; eran muy amplios, tenía cada uno cinco duchas.

Damián estaba allí desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde. Solamente cobraban la voluntad de los turistas. Entre las dos puertas de los servicios tenían una mesa, dos sillas y una sombrilla. Después de bardear todo aquello le gustaba sentarse y leer el periódico con un cafelillo muy caliente.

Erik, una vez duchado, se sentó junto a Damián. Su hermana, que lo vio, le preguntó si quería desayunar algo y él le dijo que sí. Entonces ella fue a prepararle el desayuno. Erik le preguntó a Damián por Mario y le contestó que no lo había visto en toda la mañana.

Llegó su hermana con un vaso de leche y unas tostadas con unas lonchas de jamón y aceite de oliva. Cogió el vaso con las dos manos y se lo bebió de un buche. Con las tostadas se hizo un bocadillo y salió pitando en busca de Mario. Estaba mojado, descalzo y sin camisa. Entró en la cocina para preguntar a su tía por Mario.

—Erik, como venga tu tío y te vea así te va a dar una... ¡Sal de aquí no sea que te resbales o unas de estas máquinas te den un calambrazo!

—Pero tía, solo quiero saber dónde está Mario.

—Está en la playa, fue a coger dos cubos de agua.

—¿Para qué, tía?

—La necesito para echársela a las almejas y cocer el marisco que le da un gustito muy bueno. Ve a ayudarlo y dile que no se entretenga que su padre está al llegar.

Salió corriendo por el bar esquivando mesas y sillas hasta llegar a la arena. Allí se paró porque no veía, tenía el sol de frente. A lo lejos vio una silueta que enseguida supo que era de él por los dos cubos. Salió otra vez corriendo hacia él y al alcanzarlo dijo:

—Primo, me dijo tu madre que estabas aquí.

—¡Ven y ayúdame! Me está costando mucho coger el agua, tiene mucha arena.

—¿Eso por qué es?

—Porque las olas mueven el fondo, se remueve mucho la arena y al bajar con los pantalones los voy a mojar si me meto más profundo. Me los he remangado, pero solo me puedo meter hasta la rodilla.

—Dame los cubos que yo traigo bermudas.

Erik cogió los cubos y se metió en el agua a la altura de los hombros donde no había oleaje. Ahora el problema era que Erik no podía con el peso de los cubos. La corriente lo llevaba para adentro.

—¡Primo, no puedo!

Mario lo escuchaba pero no lo entendía, lo volvió a repetir varias veces.

Soltó los cubos y se fue nadando hacia la orilla.

—Erik, ¿y los cubos?

—Te lo estaba intentando decir...

—Ajú, mi madre, a ver ahora qué le digo.

—No pasa nada, vamos al agua a ver si los encontramos.

—Vale, espera, me pongo en calzoncillos y me meto.

A los minutos Erik vio uno de los cubos. Mario se metió por debajo del agua y lo sacó por el asa. El agua le llegaba por los hombros.

—Erik, ¿vistes el otro?

—No, aún no.



De pronto Erik sacó la cabeza del agua y le dijo a Mario que había visto un pez en el fondo.

—Parece un lenguado y no se mueve.

—¿Estás seguro de que es un lenguado?

—A ver, seguro del todo no estoy. Le he visto lunares.

—¡Dime dónde está!

—Ahí debajo, junto a la roca.

Mario se metió y cuando salió le dijo que no era un lenguado sino una tembladera.

—¿Y eso qué es?

—Es como un lenguado pero más redondo con cinco lunares negros y da calambre al tocarlo.

—No será para tanto. Tengo una idea, te doy mis bermudas y la atrapas.

—Vale, dámelas, voy a intentar cogerla.

Mario se metió de nuevo hacia el fondo. Al minuto salió disparado.

—¡Ay, ay, ay!

—¿Qué te pasa?

—¡Qué me ha dado calambre!



—Ja, ja, ja, ja —Erik no paraba de reírse.

Mario, al recuperarse del susto, también empezó a reírse.

—Ajú, ajú, a quién se le ocurre hacer eso si el agua es conductora de la electricidad ja, ja, ja, ja.

—Graciosillo, tú lo sabías, pero ahora quien se va a reír voy a ser yo.

—¿Por qué?

—Tus calzonas del calambrazo las he perdido, ahora tendrás que subir desnudo.

—No, Mario, no me digas eso, ¡qué vergüenza!

—¿Ya no te ríes?

—¡A mí no me hace gracia!

—Tengo la solución, Erik. Vamos a buscar el otro cubo y te cuento.

Siguieron buscando el cubo hasta que por fin dieron con él.

—¿Cómo lo hago?

—Lo que puedes hacer es subir con un cubo delante y otro detrás.

—Ni de broma, ve arriba al chiringuito y tráeme unas bermudas.

—Te traigo mejor un bikini de tu hermana.

—Quillo, déjate de rollos y tráemelas, por favor.

—Vale, subo y bajo en unos minutos.

Mario subió al chiringuito con los dos cubos con agua para mantener las almejas frescas. Nada más llegar, su madre le preguntó por Erik. A él le daba vergüenza decirle lo que había pasado y le contó que se quedó abajo en la playa porque quería coger camarones y cangrejos.

Se fue rápidamente a cambiarse. Tenía los pantalones mojados. Cuando se cambió fue a buscar unas bermudas pero no encontraba ningunas.

Mientras tanto Erik estaba tirando piedras a ver cuántas veces rebotaban contra el agua.

Apareció Natali, Mario le preguntó si tenía algunas y le contó lo que les había pasado. Enseguida cogió unas que ella guardaba en uno de los cajones del mueble que estaba en la despensa. Mario las cogió y salió por la puerta de atrás por donde su padre acababa de aparcar el coche.

—Mario, ¿a dónde vas?

—A llevarle a Erik esto.

—Déjaselas a Jon, que se las acerque él, y vente que tenemos que ir a recoger unas cosillas al pueblo.

Mario buscó a Jon y lo dejó encargado de bajarle las bermudas a Erik.

Jon las cogió y las puso debajo del mostrador porque necesitaba ir al servicio.

Cuando regresó entraban varios clientes que le preguntaron en qué mesa se podían sentar para almorzar.

Jon enseguida les preparó una mesa y se dedicó a coger nota de la bebida.

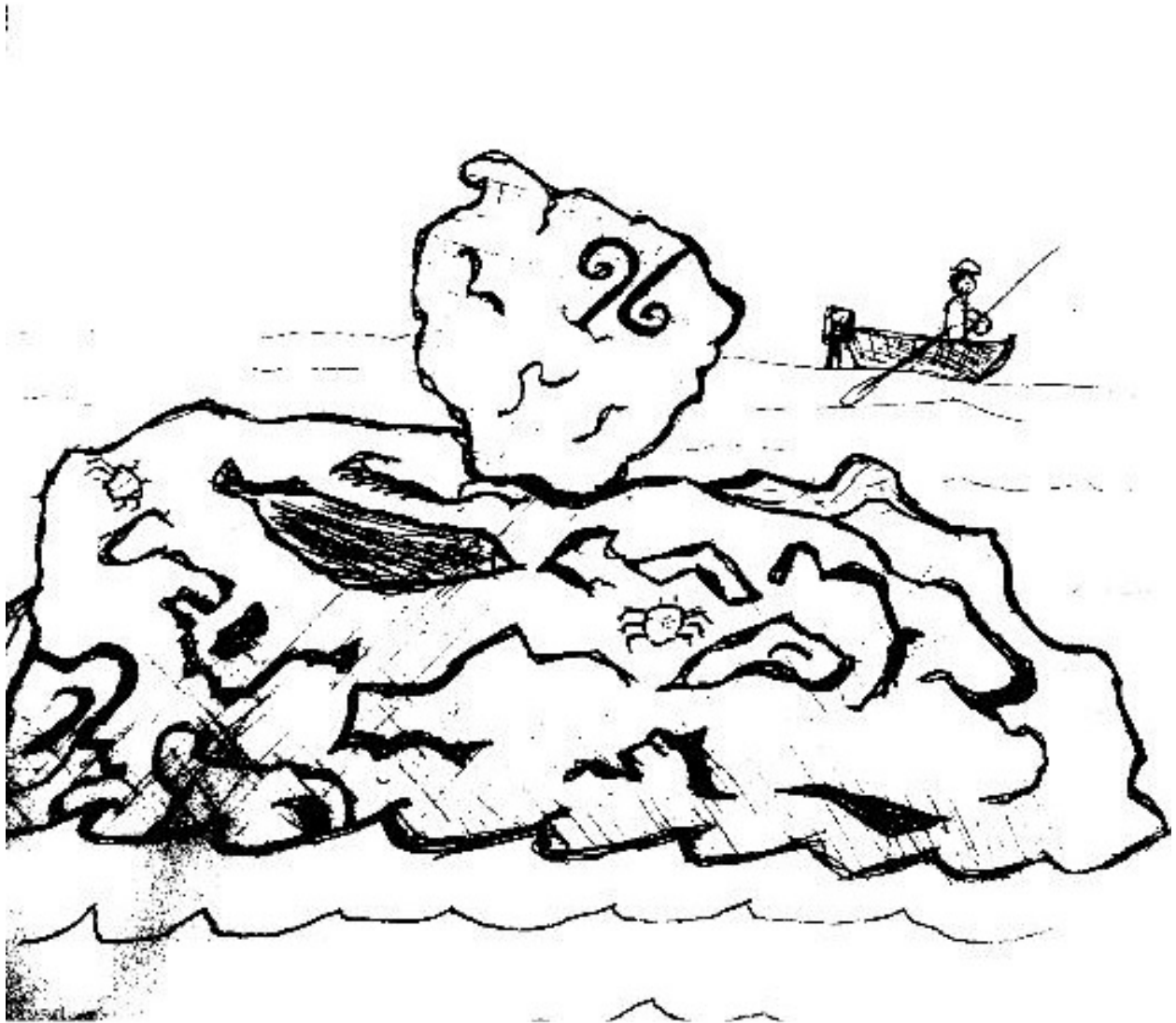
Se le olvidó llevarle las bermudas.

Erik esperaba a su primo pero no aparecía. Pasaron las horas y nadie bajó. Aburrido de esperar se fue nadando hacia unos arrecifes que se habían formado por el hundimiento de unos barcos. Estaban a unos ciento cincuenta metros de la orilla. Cuando llegó a ellos se sentó sobre una roca que sobresalía de la superficie para descansar un poco. El agua estaba cristalina y se veía el fondo. Los peces entraban y salían de los huecos de las rocas. Era todo un espectáculo, como una acuarela de colores. En fin, era una preciosidad.

Después de tomarse un respiro fue buceando hacia el fondo que estaba a unos seis metros de profundidad. Allí se quedó sentado unos minutos aguantando la respiración como si fuese una

jibia.

Se dedicó a golpear una roca con una piedra para llamar la atención de los peces y que se dirigieran a él. Aquello parecía un concierto; cientos de peces nadando a su alrededor. Así estuvo un largo rato subiendo a la superficie a llenar sus pulmones de oxígeno y bajando. En una de las bajadas al volver a golpear la roca se desprendió un trozo con metal dentro. Lo cogió y lo colocó sobre una roca para después llevárselo.



Siguió curioseando allí abajo mirando las cuevas, observando los pececillos, pulpos, cangrejos... como si de una pecera se tratara. El arrecife era para él como una sinfonía, una música para sus ojos. Perdió la noción del tiempo.

Miró al cielo y enseguida supo la hora. Sabía que a las ocho de la tarde el sol se ponía sobre un castillo que se veía en el horizonte. Se trataba de un castillo muy antiguo al cual solo se podía llegar en barco. Se decía que antiguamente había un camino para llegar a él andando pero a día de hoy se encuentra por debajo del mar.

Como ya era tarde, Erik comenzó a nadar hacia donde lo dejó su primo. Al ver que ya no había apenas gente en la playa, solo algunas parejas viendo la puesta de sol, decidió subir escondiéndose por las hamacas y sombrillas. Llegó a un muro cerca del chiringuito y se quedó escondido esperando a ver a alguien de confianza. Aunque el chiringuito estaba a rebozar debido a una actuación de un pianista amigo de la familia, no veía a su primo. Al ratito vio a Mauri que se alejó un poco para comerse unas nueces que llevaba en el bolsillo. Erik agitaba la mano para llamar su atención y le silbaba una y otra vez. Cuando Mauri se giró por fin lo vio allí. Se acercó a él y Erik le contó lo que le había sucedido. Mauri rápidamente fue al chiringuito a avisar a Mario que estaba en la barra y este fue a por unas bermudas para llevárselas a su primo.

—Erik, me tuve que ir con mi padre, pero que sepas que creía que Jon te las había acercado. Cuando volví al chiringuito Jon estaba descansando y no pude verlo.

—Bueno, no pasa nada, dámelas que me las ponga. Me fui allí a los arrecifes. He estado toda la tarde distraído.

—Me tengo que ir a la barra a ponerle la bebida a los camareros para que la lleven a las mesas, ¿me ayudas?

—Vale, me doy una ducha y ahora voy.

Erik fue al almacén a coger algo de ropa, buscó una toalla y guardo allí la roca. Se fue directo a las duchas públicas. Cuando terminó se dirigió a la cocina donde estaba su hermana Natali.

—Natali, ¿me haces un bocadillo?

—¿De qué lo quieres?

—Me da igual. Tú me avisas, estaré en la barra ayudando a Mario.

—Vale, ahora te lo acerco.

Erik se dirigió a la barra a ayudar a Mario a poner la bebida y pasar las comandas por una ventanilla que había para sacar la comida.

Al pasar un ratillo, Pablo, que era el pianista, hizo un descanso y fue donde estaban ellos. Erik nada más verlo quiso gastarle una de sus bromas.

—Mira, Mario, te vas a reír...

—Hola, Pablo.

—Hola, Erik, no te vi antes por aquí.

—Porque estuve allí en la arena, abajo de aquella sombrilla donde hay una tortuga gigantesca.

—¿Una tortuga gigante?

—Sí, en serio. Toma estos prismáticos con los que la verás bien.

—Dame a ver.

—¿La ves?

—No veo nada.

—Acércatelos más a los ojos y céntralos hacia la luz de la farola.

—Sigo sin ver nada, Erik. Bueno después lo volvemos a intentar. Vuelvo al escenario que se me ha terminado el descanso.

Erik y Mario reían a carcajadas. Pablo pensó que todo aquello había sido una broma y no le dio más importancia. Se sentó delante de su piano y al empezar a tocar todos los clientes se reían.







Él no sabía qué pasaba, pero se lo podía imaginar. Siguió tocando un poco mosqueado. Al rascarse uno de sus ojos se manchó la mano de tinta y definitivamente se dio cuenta de que Erik había puesto tinta en la goma de los prismáticos. Cuando finalizó lo que estaba tocando se dirigió a la barra y dijo:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Este Erik que te la jugó de nuevo. Ve y mírate en un espejo.

—¿Qué habrá hecho ahora este chaval? Todavía me acuerdo de la última vez que me cambió el whisky con agua por vinagre. Ya lo cogeré...

Mientras Pablo se dirigía a los aseos vio la cabecita de Erik aunque este intentó esconderse bien entre las cajas. Llegó a los baños y vio sus ojos en el espejo que parecían dos donettes de chocolate. Se limpió rápidamente con jabón y agua. Salió de los servicios hacia las cajas de refrescos echándole un vaso de agua por encima a Erik.

—¡Ay, qué fría!

—Toma agüita para que recuerdes la bromita, pero que sepas que algún día te haré yo alguna. — Erik fue hacia la barra secándose la cabeza.

Llegaron a la barra unos amigos de Erik. Se llamaban Boti, Mangano y Nayala.

Boti era un chaval rellenito, ojos celestes y rubio; le encantaba la percusión, siempre llevaba con él un tambor y nunca le faltaba una bolsa de caramelos en el bolsillo.

Mangano era castaño, su pelo era como el de un perro de agua. Tenía caracolillos que le llegaban hasta los hombros y era de piel morena. A él también le gustaba la música y llevaba una guitarra flamenca que era de su padre quien la compró un día y nunca la usó. Le fascinaba ese arte desde chico así que se hizo con ella.

Nayala era una chica morena de piel, pelo castaño y rizado, ojos almendrados. Era una chica muy guapa que tenía enamorado a Erik. Ella era hermana de Mangano, por eso Erik no se declaraba.

Boti les preguntó a qué hora terminaban de trabajar. Mario respondió que más o menos les quedaba media hora. Mangano respondió que vale, que ellos estarían en la arena y que allí los esperaban. Erik contestó que recogerían las mesas y las sillas y bajarían enseguida.

Erik era como una bala, empezó a recoger como si no hubiera mañana, nunca recogió como esa noche. No quería perder ni un minuto junto a ella. Al cerrar el chiringuito decidieron coger algunos refrescos para tomar en la playa. Erik se despidió de su hermano y todos los demás. Salió corriendo por el paseo marítimo hasta llegar a un poyete dando una voltereta y cayendo en la arena de pie. Con la inercia siguió corriendo hasta donde estaban sus amigos y se sentó junto a ellos.



—¡Ya estoy aquí! ¿Qué hacéis?

—Estamos aquí hablando sobre una fiesta que se hace en la playa del Faro —dijo Mangano.

—¿Qué fiesta es?

—En realidad no es una fiesta, son hogueras que se hacen el último día de luna llena de agosto y la gente se pone alrededor con timbales, tambores... ¡Está muy chulo! Las niñas se ponen a bailar las cariocas y algunos escupen fuego —volvió a explicar Mangano.

—Pues a mí me gustaría ir pero no sé cómo. Tendremos que preguntarle a Mario cuando baje. Es el único que tiene coche. ¿Ustedes iréis?

—A mí me encantaría para pegarle fuerte a mi tambor —dijo Boti.

—Yo tengo una caja flamenca, estaría bien. Podríamos ir los cinco —dijo Mangano.

—Si vais yo me apunto y practicaría estos días con las cariocas que nunca lo intenté con fuego. Creo que será divertido —dijo Nayala.

A eso que Mario se acercaba, no le dio tiempo a sentarse cuando Erik ya se lo estaba proponiendo.

A Mario le gustó la idea.

Una vez todo decidido, Mangano cogió la guitarra. Nayala colocó una toalla en la arena y le dijo a Erik que se sentara junto a ella. Mario cogió una baqueta del tambor de Boti y entre los dos se pusieron a tocar. Mangano al tocar la guitarra sacó un ritmo muy chulo.

De repente Nayala se puso a cantar. Tenía una voz muy dulce y melódica. Erik la miraba embobado. Quiso participar también y se levantó a coger dos piedras para chocarlas y coger el ritmo.

Hacia un clima estupendo y el cielo estrellado solo bastaba con la luz de la luna. Allí echaron la noche que para Erik estaba siendo mágica por estar con ella. Cuando Nayala terminó de cantar, Mario se levantó, se quitó la ropa y se fue corriendo al agua. Boti y Mangano al ver a Mario también decidieron pegarse un baño.

Erik y Nayala se quedaron solos debajo de la sombrilla. Ellos tres estaban en el agua jugando y enseñando el culo a la luna. Nayala le preguntó a Erik si alguna vez había pedido un deseo poniendo el culo hacia la luna. Él estaba tan nervioso que empezó a tartamudear. No le salían las palabras. Ella se dio cuenta de que los nervios y el tartamudeo era por ella. Le puso las manos en la cara y le dijo: «¡estás temblando!». Seguidamente lo besó. En ese momento se tranquilizó y acarició su pelo. Aquellos tres que estaban en el agua empezaron a señalar hacia ellos. Erik y Nayala se levantaron y se fueron a pasear por la orilla agarrados de la mano hasta llegar a una zona donde había unas rocas gigantescas.

Él le señalaba las estrellas y le relataba esas historias que Puchi y Damián le habían contado sobre marineros y criaturas mitológicas. Allí se quedaron solos hablando toda la madrugada.

Al llegar el relente de la mañana se abrazaron y se dirigieron hacia la sombrilla, pero ya sus amigos se habían ido. Erik la acompañó a su casa, le dio un último beso y esperó a verla entrar para irse.

## Capítulo IV

Erik llegó al chiringuito, vio a Puchi y se acercó a él.

—Hola Puchi, ¿qué tal?

—Bien, aquí tomándome un descafeinado. Te he visto con una chica muy guapa.

—Sí, es una amiga. Estuvimos con unos amigos en la playa toda la noche tocando música. Puchi, ¿alguna vez has tocado algún instrumento?

—Sí, claro, en mi barco había un marinero que se fabricaba sus propios instrumentos. Se llamaba Mangú, un africano de Sierra Leona.

—Entonces ¿sabes hacer alguno?

—Por supuesto.

—Pues me gustaría que me hicieras un favor. Dentro de dos días habrá unas hogueras donde todo el que va hace música y me encantaría poder llevarme un instrumento.

—Vale, vete a descansar y esta tarde traeré unas cosillas. Fabricaremos algo. Una pregunta: ¿la chavala con la que ibas te acompañará?

—Seguramente sí.

—Pues también haremos alguna cosita para que se la regales a ella.

—Estupendo, Puchi. ¡Eres genial! Bueno, me voy a echar un ratillo.

—Vale, luego nos vemos.

Erik se dirigió al almacén a dormir un rato. Al cabo de dos horas Erik se despertó sudando. El sol recalentaba el tejado del chiringuito que era de chapa y aquello parecía una sauna. No pudo dormir más por la calor. Bajó del almacén y fue a darse una ducha. Al coger la toalla vio allí el trozo de roca que guardó hacía un par de días. Se la llevó detrás del chiringuito. Estaba allí Damián que se había quedado dormido en una silla después de haber regado toda aquella zona. Era el mejor sitio para estar fresquito.

Erik se sentó en uno de los escalones que daban a la puerta de los servicios. Cogió la roca y con un tenedor se puso a sacar el metal que tenía dentro. Poco a poco fueron saltando las lascas hasta sacarlo todo por completo. Se fue a la cocina, cogió un estropajo y en uno de los lavabos de los servicios frotó hasta quitarle todos los escaramujos que tenía pegados.

Sorprendentemente descubrió que era un brazalete de plata con un grabado en un idioma que desconocía.



Al no poder dormir más guardó el brazalete en el cajón de la ropa y se fue a ver si estaba Puchi. Rodeó el chiringuito para que su tío no lo viera y lo mandara a hacer algún trabajillo. Llegó al paseo marítimo y allí se sentó en el poyete durante un rato hasta que apareció Puchi.

—¿Ya estás despierto?

—Sí, no podía dormir más, hacía mucha calor.

—Bueno, te diré lo que hay que buscar y traer.

—Sí, sí, claro.

—Lo primero será ir a por una pita que esté caída y un poco seca.

—Una pita, ¿qué es eso?

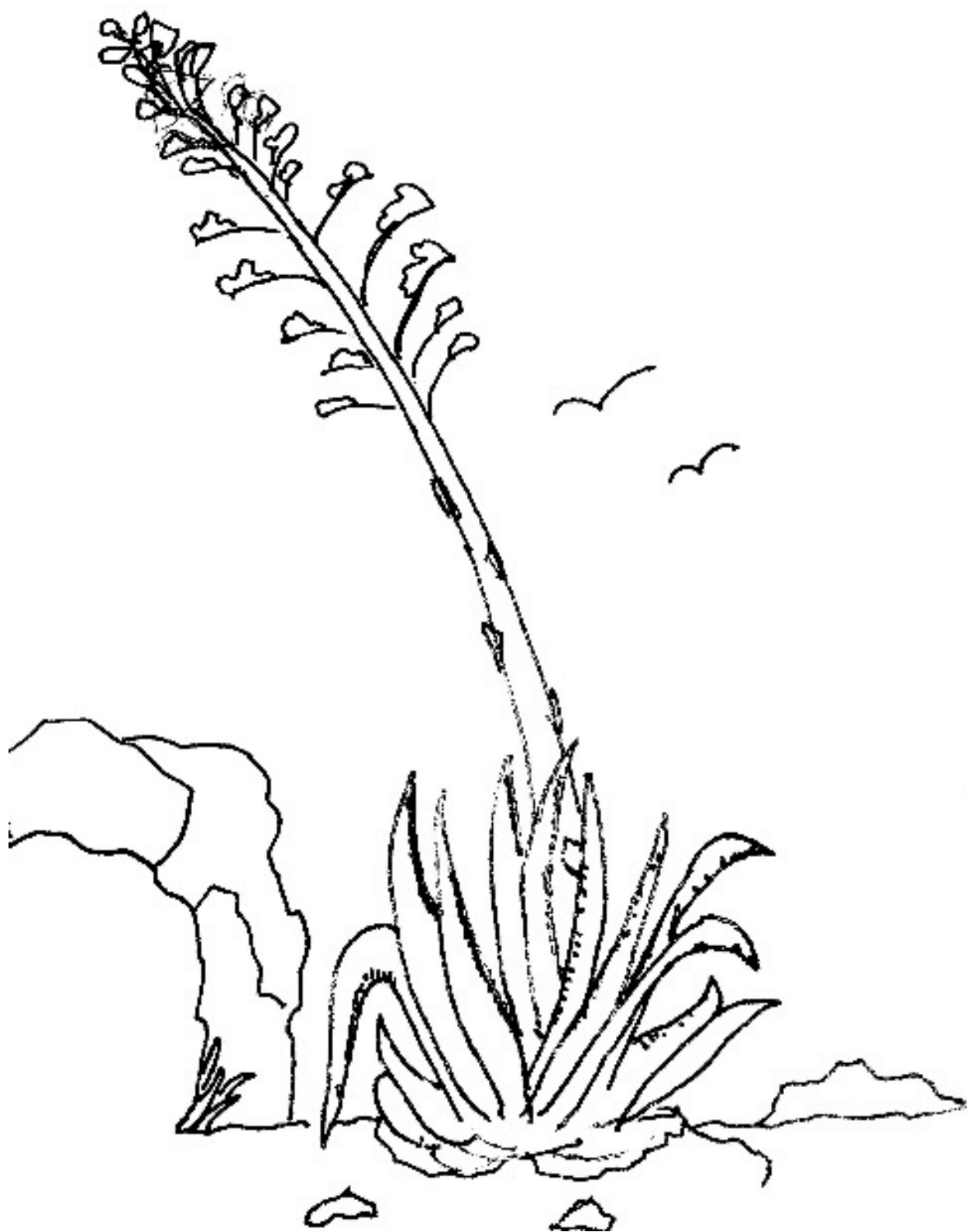
—¿No sabes lo qué es? Una pita es una planta como la aloe vera pero gigantesca, y en el centro le sale un tallo parecido a un espárrago enorme.

—Ya sé lo que es, Puchi. Sé dónde encontrar alguna.

—Pues eso es lo primero que tendrás que traer. Busca una que sea grande, le quitas las hojas y ten cuidado que tienen pinchos como sierras. Tendrás que tirar fuerte y sacarlas de raíz. Yo estaré aquí. Cuando la traigas te explicaré qué hacer.

—Venga me voy, ya mismo vuelvo.

Erik fue a ponerse unos zapatos y una camisa para evitar pincharse con los pinchos de las hojas.



Al llegar a un acantilado que había cerca del chiringuito buscó la más grande y que estuviera en su punto. Al estar secas las raíces se despegaban bien de la tierra. La cogió por el tallo y empezó

a darle tirones hasta arrancarla. La limpió de hojas secas y la dejó pelada. Solo quedó el tallo con la raíz. Se la echó al hombro y se dirigió a la parte trasera del chiringuito.

Damián cuando lo vio se echó las manos a la cabeza.

—Chiquillo, ¿dónde vas con eso?

—Es para hacer una cosilla, la dejo aquí y voy en busca de Puchi.

—¡Este chaval no para de inventar! Ja, ja, ja.

—¡Ya lo tengo, Puchi! Ven conmigo atrás y me explicas qué hacer.

—Venga, vamos a ver qué has traído.

—Espero que valga porque me ha costado mucho trabajo traerlo. Mira, ahí está.

—¡Perfecto, eso es! Lo has despeluchado enterito. Ahora cortaremos el tallo y la raíz. Tengo aquí en el maletín una serreta. Te la dejaré para que cortes el tallo y la raíz a esta medida. Cuando lo tengas todo cortado tendrás que vaciarlo; tiene un corcho por dentro blandito que con un destornillador podrás quitarlo.

—De acuerdo, así lo haré.

—Ya mañana cuando venga te diré que más hacer porque me tengo que ir. He quedado con unos amigotes para jugar unas partidas al dominó.

—Sin problema, Puchi. Aquí me quedo yo y lo dejaré todo listo.

—Vale, chaval, mañana nos vemos.

—Hasta mañana.

Erik se quedó cortando el tronco. Mario pasaba por allí y se acercó a él.

—¿Qué haces, loco?

—Aquí preparando unos artilugios para tocar en las hogueras.

—Ja, ja, ja. Pero ¿qué vas a hacer?

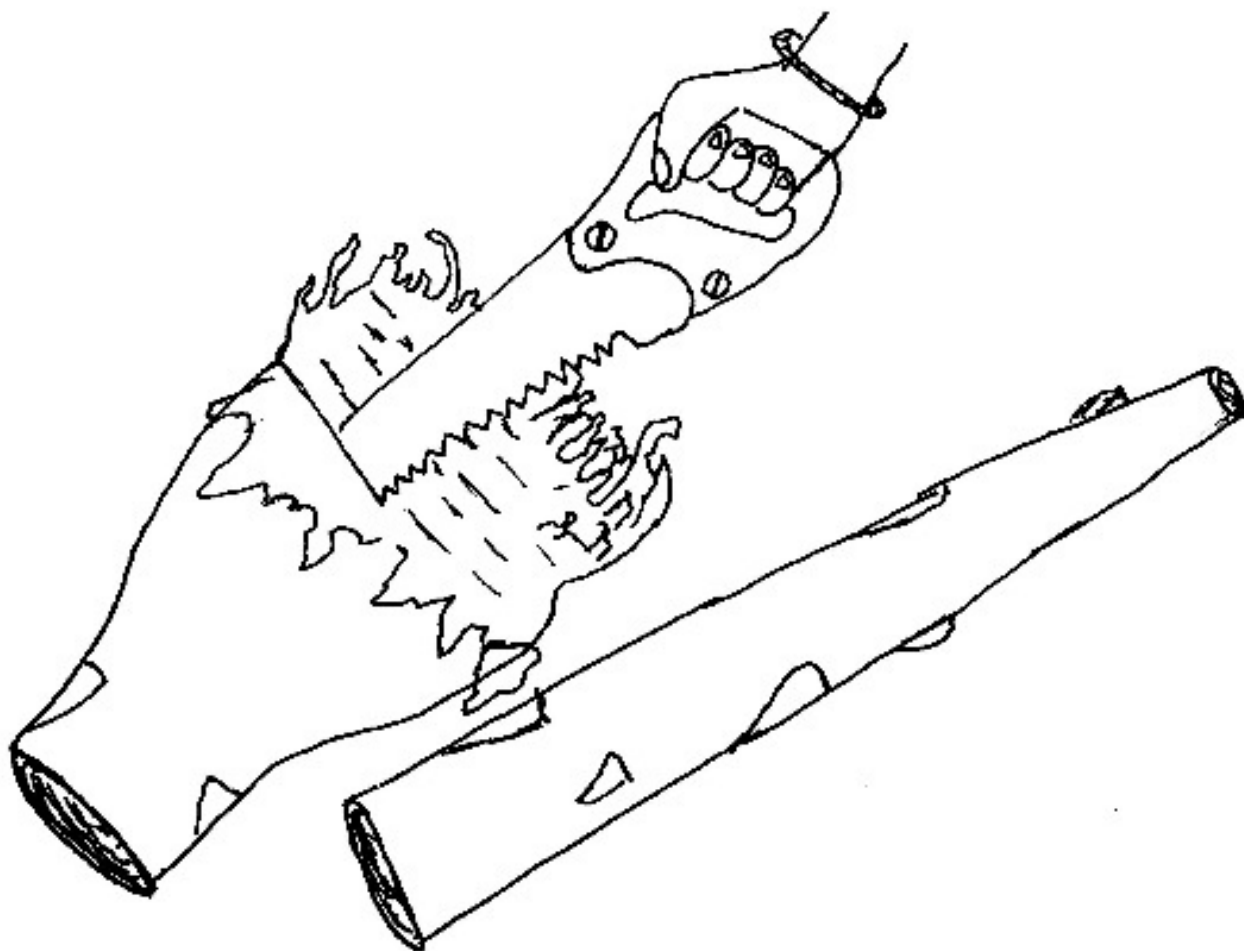
—Pues no lo sé. Puchi me dijo que hiciera esto.

—¿Quieres que te ayude?

—Sí, ahora cuando corte el tallo lo vacías con un destornillador. Creo que dentro del chiringuito hay uno.

—Voy a buscarlo y vengo enseguida.

Una vez cortado el tallo, empezó a cortar las raíces.



—¡Ya estoy aquí!

—Pues toma, cógelo y quítale todo el corcho del interior.

Se quedaron allí hasta que el sol se escondió detrás del castillo. Una vez terminado el trabajo limpiaron todo aquello de restos de rastros y trozos de corcho. Lo guardaron todo.

Una vez más cenaron y volvieron a quedarse los dos solos en el chiringuito con la recaudación hecha y monedillas escondidas para jugar a las máquinas como todas las noches. Estuvieron unas horas jugando hasta que se quedaron sin dinero. Ya iban a dormir pero al escuchar unos ruidos extraños en el almacén se asustaron y fueron a la barra. Erik cogió una escoba y Mario un recogedor. Se acercaron al almacén uno detrás del otro. Los sonidos provenían de la parte alta donde estaban las camas. Mario, que iba delante, cogió la escalera y subió tres peldaños solamente, asomó la cabeza y vio una silueta sobre la cama tapada con una manta. Siguió subiendo, le pidió a Erik la escoba y desde lejos empezó a jalar la manta. Se fue acercando cada vez más. Erik no paraba de preguntarle asustado.

—Mario, ¿qué es lo que ves?

—Nada, Erik, solo era una almohada.

—Menos mal, estaba un poco inquieto.



—Un poco dice, ja, ja, ja. Sube aquí, no hay nada.

Se tumbaron los dos en la cama y al minuto estaban roncando.

—Erik, despierta.

—¿Qué te pasa, Mario?

—Lo he vuelto a escuchar.

—¿Lo qué?

—El mismo ruido de antes.

—¿Dónde?

—Viene de allí, detrás de esas cajas de cartón. Me voy a acercar a ver qué es.

Mario se acercó lentamente. Levantó una caja y allí no había nada. Al levantar la segunda caja decenas de ratones corrían por las camas. Los dos del susto empezaron a gritar y saltar. Bajaron de la despensa y Mario contaba que algunos subieron por sus brazos y que ya no subiría más arriba a dormir. Se llevaron un largo rato hablando hasta que el sueño pudo con ellos. Erik se quedó dormido encima del billar y Mario en una mesa.

A la mañana siguiente cuando el tío Caña entró al chiringuito vio a los dos durmiendo. Se dirigió al equipo de música y progresivamente subió el volumen hasta ponerlo al máximo. Los dos tenían tanto sueño que se taparon la cabeza con la camiseta. El Caña empezó a abrir las barajas, las cuales eran eléctricas y las guías por donde iban metidas estaban faltas de grasa y chirriaban muchísimo. Era un sonido tan desagradable que decidieron levantarse. El tío Caña bajó el volumen de la música y se acercó a ellos y dijo:

—Nochecitas alegres, mañanas tristes. ¿Qué hacéis aquí durmiendo?

—Nos acostamos arriba pero escuchamos un ruido, levantamos una caja y salieron decenas de ratones.

—¿Qué dices, chiquillo? Ajú, tu madre como se entere. Bueno pues ya tenéis faena, idos a desayunar y cuando terminéis quiero que saquéis todo lo de arriba que parece aquello una pocilga. Dejadlo todo impoluto.

—¿Pero...?

—Ni pero ni pera... Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Yo me tengo que ir a comprar. Por el amor de Dios no se os ocurra decirle nada de los ratones a tu madre que le da un ataque. Después vengo y os traeré algunas trampas.

Justo terminando de hablar él entró la tía Pepi.

—Buenos días, valiente cara tenéis los dos. ¿Es qué habéis estado toda la noche de fiesta?

—No, hemos estado pescando.

—¿Y dónde está la pesca?

—Hemos tenido una mala noche.

—Normal, ¿a quién se le ocurre ir a pescar con niebla? —dijo el tío Caña saliendo por la puerta. Después de desayunar allí estuvieron toda la mañana bajando colchones, cajas, etc. A la una de la tarde lo tenían todo recogido y limpio.

—Por fin, Erik, ¡hemos terminado!

—¿Nos pegamos un bañito?

—Vale, que nos lo merecemos. ¡Hemos sudado tinta!

—Espera que cojo un rollo de tanza y unos anzuelos.

—Vale, yo voy a la cocina, cojo pan mojado, hago una bola y la usaremos de carnada para pescar.

Prepararon dos aparejos y se fueron al agua. Había muchos peces «jugueteando» con las olas. Entre ellos había lisas, bailas y algún que otro robalo. Se metieron en el agua a la altura del ombligo con una bola de masa de pan en la mano y un aparejo en la otra. Estuvieron como media hora y nada, los peces no querían comer. Cuando estaban a punto de irse por aburrimiento Erik notó una picada. Pegó un jalón a la tanza y salió corriendo hacia la orilla. Había cogido su primer pez. No se sabe por qué pero ya no paraban de picar. Ellos entraban y salían del agua; un pescado tras otro durante veinte minutos. Al final tuvieron una buena pesca. Era tanto pescado que no les cabía en las manos. A Erik se le ocurrió usar la camisa de Mario como una bolsa. Le hizo un nudo a las mangas y metió todos los peces dentro. Se marcharon contentos.

Al llegar al chiringuito vieron a Puchi que estaba tomándose una tapa de paella y una cervecilla. Se acercaron a enseñarle la pesca.

—Hola Puchi. Mira qué pesca más buena.

—La verdad es que sí. ¡Qué buen robalo ese!

—¿Lo quieres? ¿Le digo a mi tía que te lo ponga a la plancha?

—Sí, dile que me lo haga a la espalda y le ponga unas lonchas de jamón... que como lo prepara ella aquí en la bahía no lo prepara nadie.

—Vale, le vamos a llevar todos los peces y le digo que este robalo es para ti. Y que a nosotros nos haga una fritura de bailas. Cuando esté listo tu plato te lo acerco.

Erik y Mario fueron a la cocina para llevarle los pescados a la tía Pepi para que los limpiara e hiciera una fritada para todos. Cuando Pepi terminó de cocinar el robalo avisó a Erik para que se lo acercara a la barra a Puchi. El plato era espectacular, llevaba en el centro un montón de verdura picada —piriñaca o pipirrana como lo llamaban ellos—.

—¡Toma, Puchi, cómo te vas a poner!

—¡Oh, qué pinta! Gracias, chaval. ¿Dónde tienes el vinagre y el aceite?

—Espera que te lo traigo.

—¡Aquí tienes el convoy!

—El tomate es que me gusta con mucho vinagre. ¿Terminaste ayer de vaciar la pita?

—Sí, ¿te la traigo para que la veas?

—Vale, voy a echarle un vistazo.

Erik fue rápidamente a por ella y al enseñársela a Puchi este le dijo que estaba muy bien. Quedaron por la tarde para seguir con los instrumentos.

Erik se puso muy contento y se fue a comer.

Puchi terminó de comer y se fue a la terraza, se sentó en una silla al solecito y se quedó dormido. Cuando Erik terminó de comer fue en su búsqueda. Al verlo le dio apuro despertarlo. Se sentó allí mirando el reloj, pasaban los minutos y no sabía ya cómo ponerse. Estaba tan desesperado que fue a la cocina a por una ramita de perejil para hacerle cosquillas en la oreja.

—¡Uy, me quedé dormido!

—Normal, te pusiste al solecito con la panza llena.

—Esperemos que nos dé tiempo porque hoy me tendré que ir temprano.

Mario, quien llegó de dormir la siesta, se acercó a ellos.

—Hola, Mario. Vamos a seguir con los instrumentos, ¿nos ayudas?

—Sí, Erik, claro.

—Vamos a ir a por ellos, que los guardé en el almacén.

Puchi abrió su maletín. Sacó una cuerda, un trozo de tela, una calabaza seca y unas campanillas.

Cuando llegaron los dos preguntó Erik a Puchi:

—¿Cómo se llaman los instrumentos que vamos a fabricar?

—Para ti fabricaremos un djembe, que es un instrumento de percusión, y el tuyo Mario será un didgeridoo, que es un instrumento de aire africano. Para vuestra amiga haremos otro que es de cuerda llamado birimbao. Es el típico instrumento que se toca para hacer una lucha en forma de baile llamado capoeira.

—Estupendo, Puchi, manos a la obra.

—A ver, Erik, coge esta cuerda y ácala de esta forma. Ponle este trozo de piel de cuero y estírala tensándola con fuerza. Tú, Mario, tienes que seguir limpiando el interior del tallo. Lo tienes que dejar más fino, quítale todo el corcho y cuando termines te daré un trozo de lija para que lo dejes bien pulido para que suene de maravilla. Yo mientras tanto haré el birimbao. Si tenéis dudas preguntadme.

—¿La cuerda la meto por aquí?

—Sí, métela por eso boquetillo y sigue estirando.

Allí estaban los tres distraídos fabricando aquellos instrumentos mientras que Puchi contaba sus historias de marinero.

Dándole los últimos retoques al birimbao se puso a tocarlo, tenía un sonido peculiar. Su forma era como la de un arco de caza. En uno de sus extremos le había colocado la corteza de media calabaza seca que servía para amplificar el sonido de la cuerda, la cual se tocaba con un palillo y una campanilla llamada *cashishi*.

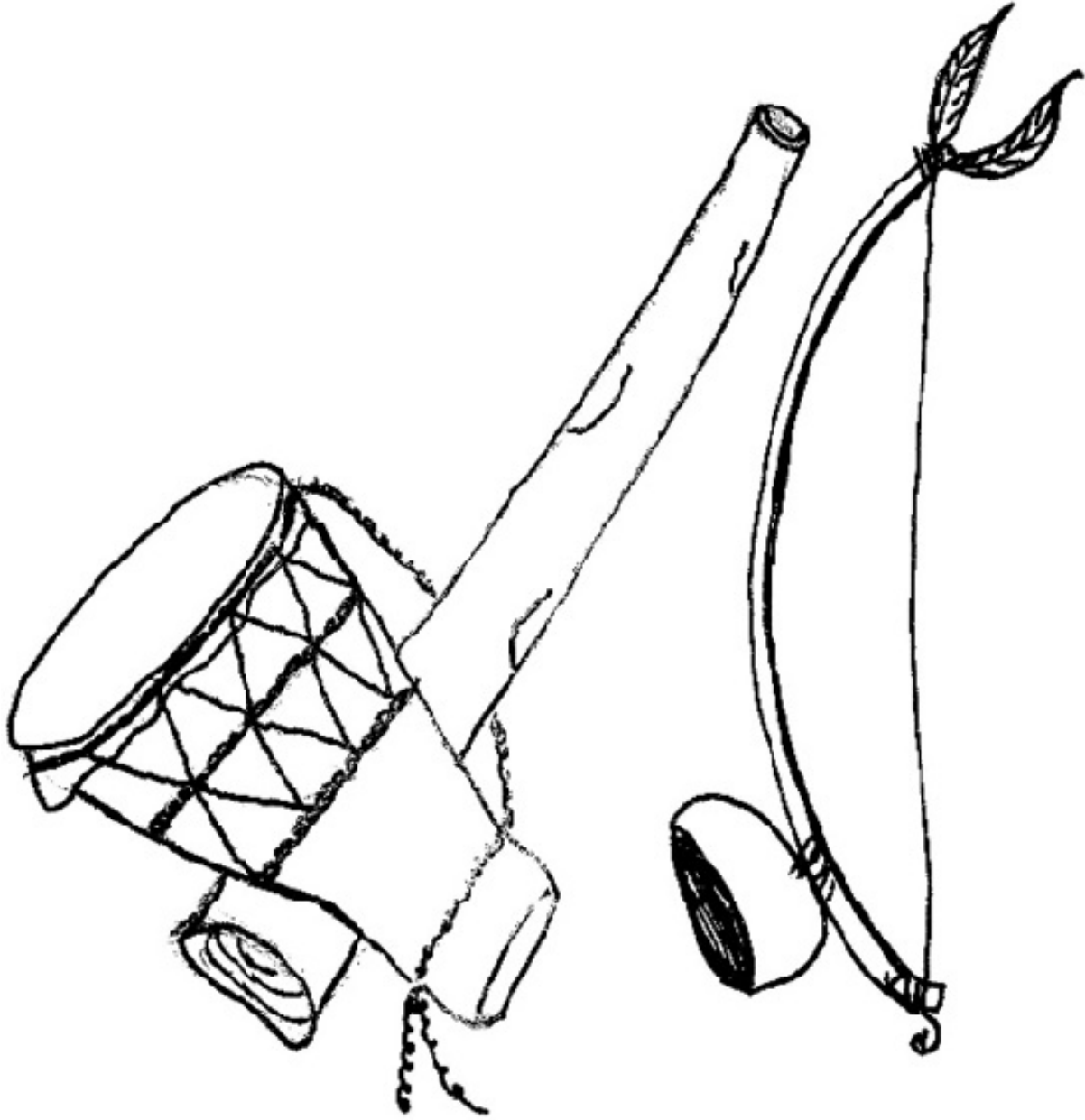
—¡Qué chulo! ¿Cómo se toca?

—Muy fácil, se sostiene con una mano por donde está la calabaza y con la otra con este palillo y esta campanilla se da golpes a la cuerda al ritmo que quieras. ¿Y a ti qué te queda? Dejámelo que le hago los nudo finales para que tenga un buen sonido y un truquito para que se estire la piel y suene como es debido.

Sacó de su maletín un mechero, lo encendió y lo pasó repetidas veces por encima de la piel, la cual empezó a estirarse. Le pasó las manos por encima, le dio unos golpecillos sacando un ritmo y dijo:

—¡Mira cómo suena! Erik, has hecho un buen trabajo. A ver el tuyo, Mario.

Sacó una cuchilla del maletín, recortó y dio forma al extremo más estrecho del tronco. Se lo colocó en la boca y sopló.



El sonido era grave y fuerte como la sirena de un barco de vapor. Erik y Mario dieron un repullo al escucharlo. No esperaban ese sonido. Puchi se reía diciendo:

—Pues nada, chavales, ya está todo listo. Ahora a disfrutarlo que yo me voy que es tarde.

—Muchas gracias, Puchi.

—Bueno, mañana os veo, a ver si tenéis suerte esta noche.

—¿Suerte por qué, Puchi?

—¿No te ha dicho nada tu tío?

—No, a mi no.

—Y a mí tampoco —dijo Mario.

—Pues esta noche quieren echar la red para ver si pescan algo.

—¿Quiénes? —dijo Erik.

—Tu tío, los camareros y algunos de sus amigos.

—A mí aún no me dejan meterme con ellos a tirar de la red. Hoy iré, ¿tú vendrás, Mario?

—Sí, claro. La última vez estuve recogiendo todos los peces y metiéndolos en cubos.

—Bueno, ya no lo digo más, hasta mañana.

—Adiós, hasta mañana, Puchi.

## Capítulo V

—Mario, vamos a enterarnos a ver a qué hora irán. Me imagino que cuando cerremos el chiringuito, cenaremos con ellos y saldremos de dudas.

Erik y Mario guardaron los instrumentos y fueron a cenar con Mauri que ya estaba sentado en la mesa. Erik le preguntó si él bajaría a echar la red con su tío. Le respondió que sí, que estaba guardada en una caja de plástico y que la bajaría a la orilla para estirla cuando terminara de cenar. Rápidamente Erik y Mario se ofrecieron a ayudarlo.

—¿Te podemos ayudar a estirla?

—Sí, hoy poneos alguna chaqueta que hará fresco.

—Sí, yo cogeré una de mi tío. Me llega por las rodillas, pero me servirá.

Terminaron de cenar y los tres fueron a por la caja. Mauri cogió dos botellas, una de licor de café y la otra de vino dulce.



Toma, Erik, guárdalas en los bolsillos interiores de tu chaqueta. Son para que los mayores entren en calor, porque luego saldrán del agua con frío. Coge también esta linterna.

Se fueron a la orilla y empezaron a extender la red. Era muy larga, tenía dos tablas de madera en cada extremo para tirar de ella. Poco a poco fueron llegando los demás. Discutieron sobre quiénes se meterían hacia lo más profundo para tirar de la red.

Manolito, Javi, David y Chico eran hermanos. También tenían otro chiringuito a unos seiscientos metros del Sotaviento. Eran amigos del Caña desde que eran unos chavales.

Mauri, Manolito y Chico eran los más ágiles nadando y por eso jalarían la red desde lo más profundo, mientras que los demás aguantarían del otro extremo desde la orilla. Erik y Mario también se pusieron a tirar de la cuerda. Hasta Nerón estuvo jalando de ella con la boca.

A unos quinientos metros empezaron a sacar red. Ya se veían los primeros peces: mojarritas, bailas, etc. Mauri, Manolito y Chico salieron hacia la orilla tiritando de frío. Contaban que había una corriente de agua helada. Erik se acercó mostrando las botellas que llevaba debajo de su chaqueta.

Mauri le dio un trago a la botella de licor de café. Rápidamente se le pusieron los mofletes coloraítos, entró en calor y dijo:

—¿Dónde están los cubos? Vamos a ir echando los peces.

—Allí están, yo me acerco a por ellos —dijo Erik.

Mientras tanto todos amontonaban los peces. Nerón jugueteaba con un cangrejo. En uno de los zarpazos el cangrejo se le enganchó con una pinza en una de sus patas. Salió corriendo y pegando coces como un caballo desbocado. Todos reían al verlo. Erik llegó con los cubos y de repente escuchó: «¡Ay, qué dolor!». Era la voz del tío Caña. Todos fueron a ver qué le sucedía. Al llegar Manolito dijo:

—¿Qué te ha pasado, Caña?

—Que me he clavado algo en el pie y me duele muchísimo.

—¡A ver tu pie! Aquí tienes una púa que parece de un pez araña.

Manolito empezó a mirar por la arena y dijo:

—Ahí está ese pez, por eso se te ha inflamado de esa forma. Yo hace unos años pisé uno. Vamos al hospital y mañana estarás bien.

Manolito, Mario y el Caña se dirigieron hacia urgencias y los demás se quedaron recogiendo la red y los peces.



## Capítulo VI

A la mañana siguiente entró al chiringuito el tío Caña cojeando. Como todos los días abrió las puertas y puso música. Erik se acercó a él.

—Buenos días, tito. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, me dieron unas pastillas y me pusieron una inyección. Ya me ha bajado la inflamación.

—Tío Caña, los peces de anoche los dejé en la cocina.

—Ahora los limpiarán y los cocinarán. Mientras tanto tú junta algunas mesas al solecito para unas doce personas. Dentro de unas horas vendrán algunos amigos y nos sentaremos todos a almorzar. Ah, por cierto, llévate la barbacoa para fuera también. El carbón está en la despensa. Coge el saco verde que es el carbón vegetal. Y ve encendiéndolo para que cuando todos lleguen tenga ya una buena brasa.

—Vale, tío.

Erik empezó a preparar las mesas y la barbacoa. Una vez todo listo se fue atrás a ver a Damián. Este había traído una bolsa de higos chumbos. Estaba allí sentado quitándoles la piel.

—¿Eso qué es, Damián?

—Esto es el fruto que dan las tunas.

—Eso parece un cactus.

—Sí, es parecido.

—¡Pero eso tiene muchos pinchos! ¿Cómo te lo puedes comer?

—Ya se los quité todos.

—¿Cómo? ¿Con una pinza?

—No, hombre, se coge una caña, se arrancan los higos, se tiran al suelo y luego se barren en la arena. De este modo se le caen las púas. Después se le quita la piel y ya se pueden comer. Aunque lo mejor es dejarlos un día en el frigorífico para que estén fresquitos. ¡Toma, pruébalo!

—Umm. ¡Qué bueno está! Tiene bolitas.

—Sí, son las semillas. Solo cómete unas cuantas. Como comas más de cinco te estreñirás y ya verás mañana, ja, ja, ja. Por cierto, ¿terminaste el tambor?

—Sí, te lo traigo para que lo veas.

Erik fue a por el djembe y se lo enseñó a Damián.

—A ver... ¡Qué bien terminado y qué sonido tan chulo!

—Lo voy a estrenar esta noche en unas hogueras en la playa que habrá junto al faro.

—Sí, ya he escuchado hablar de ellas. Se lleva celebrando desde hace muchos años. Siempre es el último día de luna llena de agosto. Dicen que es un día mágico. Cuando el faro no existía los marineros salían a pescar en sus barcos y con la niebla de la noche no podían regresar a la costa.

Entonces las familias de ellos hacían hogueras y tocaban gigantescos tambores para ayudarlos a no chocar con el espigón. Ahí es donde está ahora el faro.

—No lo sabía. ¿Me das otro higo?

—Ja, ja, ja. Sí, claro, otro día me acompañarás a cogerlos.

—Cuando quieras. Me traeré dos bolsas llenas o más. Me han encantado. Pero voy a parar ya de comer. ¿Te quedan muchos por pelar?

—Solo dos.

—Te espero y nos vamos a comer.

—Es verdad, me lo dijo tu tío. Ya ni me acordaba.

Cuando llegaron estaban todos sentados comiendo. Erik se sentó junto a su primo.

—Mario, yo cuando termine de comer me voy a acostar toda la tarde para aguantar esta noche despierto.

—Yo también, hoy está la cosa tranquila. Está Mauri, esta tarde libro y no entro hasta mañana a las tres del mediodía. A las nueve de la noche hemos quedado para ir a la playa del faro.

—Si me quedo dormido, despiértame.

—Sí, claro, no te preocupes. Ah, una cosa, me voy a llevar a Nerón.

—Claro, a él le gusta estar con nosotros. Me voy a comer el helado y me acuesto.

—Vale, luego nos vemos.

Se fueron los dos a dormir.

Al despertarse Erik bajó al salón pero no veía a su primo por ningún sitio. Empezó a ponerse nervioso. Fue a la cocina y le preguntó a su tía por él. Ella le contestó que había ido a por unos refrescos y que ya volvía. Ella mientras les preparó unos bocadillos para los dos. Mario volvió a la cocina.

—Erik, están todos junto al coche. Coge los instrumentos y mételos dentro del maletero. Yo cogeré los bocadillos e iré en unos minutos.

—Vale, te espero allí.

Erik se dirigió al almacén, abrió un cajón, cogió una camiseta, se colocó el brazalete que encontró en el arrecife y se guardó en el bolsillo la pulsera que hizo con Puchi. Seguidamente cogió los instrumentos. Tapó el birimbao con la camiseta para que Nayala no lo viese. Quería darle una sorpresa. Lo guardó todo en el maletero. A los minutos llegó Mario.

—¿Todos listos?

—Sí —contestó Boti enseñando una bolsa de caramelos.

—No, espera, falta Nerón —dijo Erik.

—Es verdad. Voy a por él. ¿Dónde estará este perro ahora?

—Allí está, echado junto a aquella palmera —dijo Mangano.

Mario silbó, Nerón puso las orejas tiesas y se fue para el coche corriendo.

El coche era muy viejo, tenía unos veinte años. A Mario le encantaba porque era descapotable. Se lo regaló su padre cuando se sacó el carnet de conducir.

Mario propuso que Nayala se sentara delante con él de copiloto y los otros tres detrás. Cuando estaban ya todos dentro del coche, Nerón pegó un saltó y se tumbó encima de ellos. Empezó a

mover la cola y a lamer la cara a Boti porque olfateó sus chucherías.

Mario arrancó el coche, puso musiquita y salieron hacia la playa del faro.

Al bajar del coche vieron muchas hogueras y cientos de personas disfrutando de las candelas. Erik cogió a Nayala de la mano, le puso la pulsera y ella le dio un beso.

—Gracias. Es muy bonita, ¿la has hecho tú?

—Sí, pero aún tengo otro regalillo. Ven que te lo doy. Toma, esto es para ti. Es un birimbao.

—Siempre quise tener uno. Unos amigos me enseñaron a tocarlo. Muchas gracias, Erik.

—Venga, cojamos las cosas. Vamos a coger troncos y ramas para encender nuestra hoguera — dijo Mario.

—Nos podríamos poner allí, en lo alto de aquella duna —dijo Mangano.

—Lo mejor es hacer la hoguera aquí abajo y luego si queréis nos vamos allí arriba a dormir — dijo Boti.

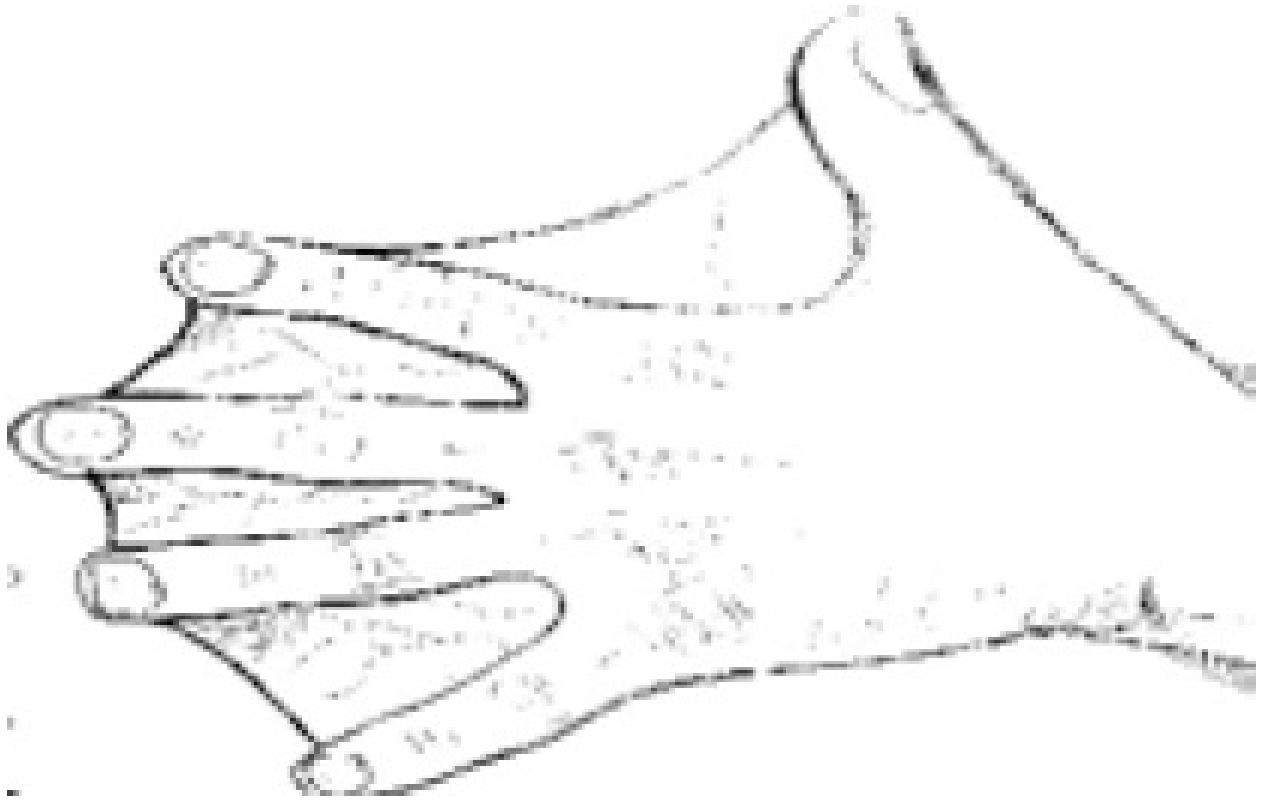
—Sí, sí, es mejor así —dijo Nayala.

Encendieron la hoguera. Se sentaron alrededor de ella. Cada uno estaba con su instrumento. El estruendo de los tambores y bombos rompía el silencio de aquella playa iluminada con las fogatas. Todo aquello era maravilloso.



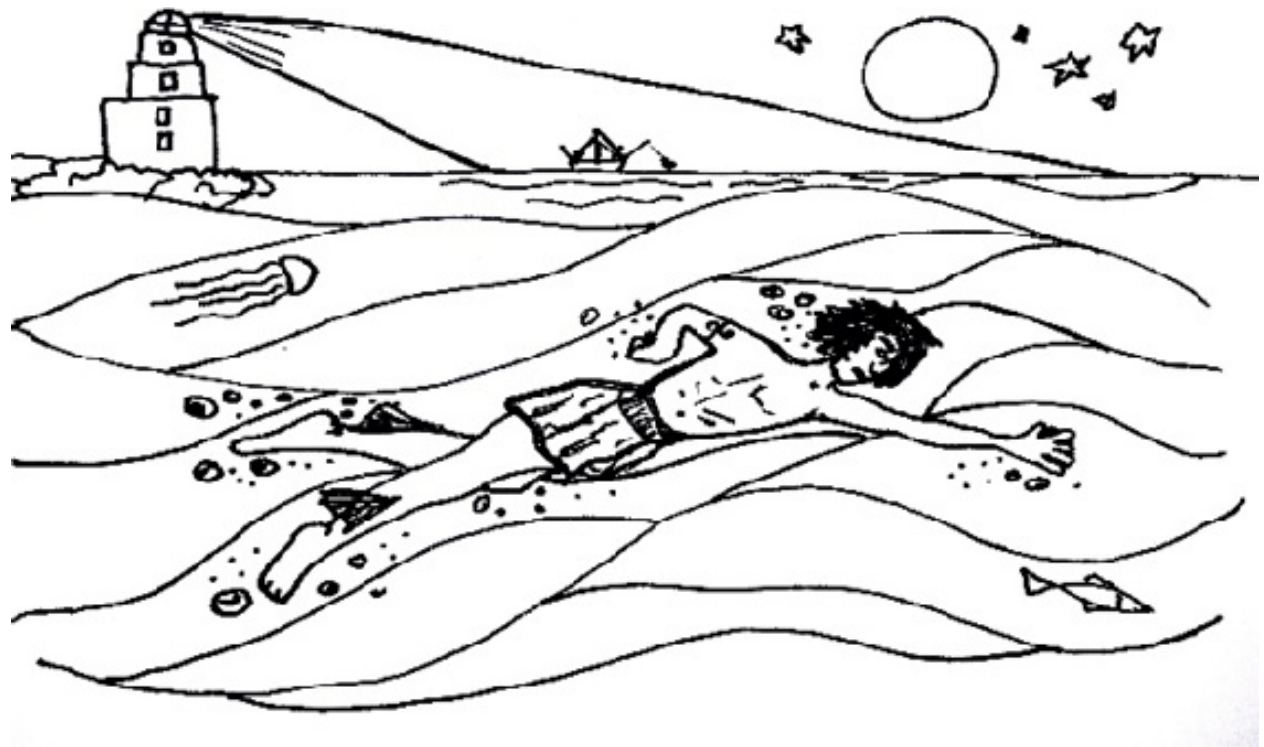
Pasadas unas horas a Erik le dolían las manos de tocar el djembe y se fue a jugar con Nerón. Le tiraba una rama desde la orilla, el perro se la llevaba pero Erik tenía que forcejear para conseguir quitársela de la boca. Una de las veces la mordió tan fuerte que acabaron los dos en el agua. En ese momento Erik empezó a sentirse raro, notaba picazón en las manos, piernas y detrás de las

orejas. Se quedó paralizado, no podía mover las piernas. En las manos le estaba saliendo una membrana de piel entre los dedos. En las piernas escamas y detrás de las orejas le salió unas fisuras.



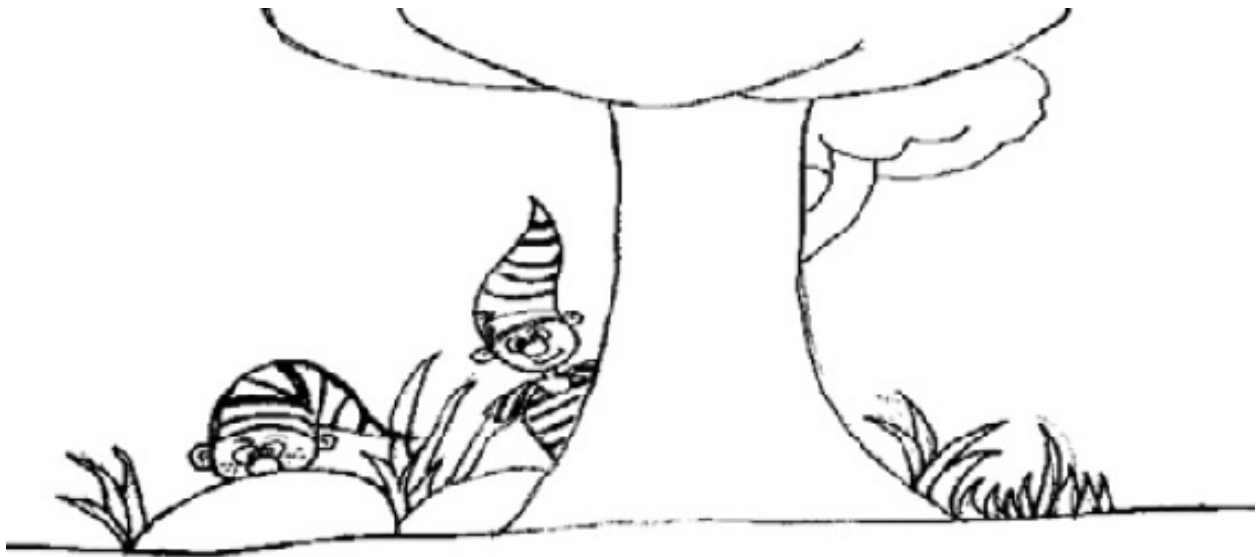
De pronto empezó a crearse un remolino alrededor de él. Sujetó a Nerón y el remolino los absorbió a los dos metiéndolos en unas corrientes marinas.

Solo quedó la rama flotando como si no hubiese pasado nada. Nadie vio nada.



## Capítulo VII

El mar dejó a Erik en la orilla de una playa desconocida. Al despertar se encontraba aturdido y la luz de la mañana lo cegaba. Notó que lo observaban. Poco a poco se fue recuperando y visualizaba mejor. Enfocó la mirada hacia unos matorros y vio a dos pequeñas criaturas con forma humana corriendo por detrás de unos lentiscos.



Erik, ya recuperado del todo, se fue acercando lentamente a ellos. Pero no paraban de cambiarse de sitio. Al cabo de unos minutos consiguió acercarse a unos diez metros de uno de ellos.

—¡Espera! No te vayas, estoy perdido —dijo Erik.

—Vale, ¡ven! Aquí estoy.

Cuando estaba a cinco metros cayó en un boquete. Los pequeños seres le habían preparado una trampa. Cuando Erik miró hacia arriba vio a decenas de ellos.

—Pero ¿quiénes sois? ¿Por qué me habéis preparado esta trampa?

—Las preguntas las hago yo. ¿Quién eres tú? —dijo uno de ellos.

—Yo soy Erik.

—¿Y qué haces aquí?

—Estaba con mi perro jugando en el agua pero de repente un remolino nos tragó y he aparecido en esta playa. ¿Habéis visto a un perro?

—No sabemos qué es eso. No te habrán mandado a espiarnos, ¿no?

—No, de verdad, no sé dónde estoy. Sacadme de aquí, por favor. Solo quiero encontrar a Nerón e irme a mi casa.

Aquellos seres pequeñajos hicieron un corro y se pusieron a cuchichear.

—¡Decidido! —dijo uno de ellos en voz alta.

—¡Sí! —contestaron todos.

Solo se quedó uno alrededor de la trampa.

—¡Oye! —dijo Erik.

—¿Qué quieres?

—Sácame de aquí.

—Espérate, ahora vienen los demás.

—¿Dónde han ido?

—Eres muy preguntón. Un momento.

Erik se sentó, bajó la cabeza y se puso las manos en la cara. Al cuarto de hora aparecieron con una escalera hecha de cañas y mimbre. La dejaron descender por la trampa.

—Sube por aquí, pero ten cuidado; la acabamos de fabricar.

Cuando Erik subió, aquellos seres se pusieron a su alrededor. Eran pequeños, un poco deformes y muy canijos. Le llegaban a Erik por la cintura.

—Hola, yo me llamo Pepón, soy el mayor.

—Sois muy pequeños.

—Claro, somos enanucos.

—Nunca he visto a nadie como vosotros.

—Porque somos únicos. No encontrarás a nadie semejante. Mis bisabuelos eran los últimos de mi especie. Hace cientos de años un barco que se dedicaba al transporte de mercancías chocó con unas escolleras a unas millas de aquí y se hundió. La suerte es que los dos eran pequeños y pudieron meterse en un barril de vino. Estuvieron a la deriva hasta llegar a este fantástico islote. Y rehicieron su vida aquí.

—¿Pero entonces me cuentas que sois todos familia?

—Sí, je, je, je. Somos hermanos, padres, tíos y sobrinos. Era la única forma de que nuestra especie no se extinguiera. Pero bueno, somos una gran familia y estamos todos a una. Hemos decidido que seas nuestro invitado. Al parecer, y con lo que nos cuentas, has llegado a esta isla como nuestros bisabuelos. Tendrás hambre, ¿no?

—Sí, mucha.

—Ven, acompáñanos. En marcha, vamos a casa a darnos un buen festín.

Se adentraron en el bosque donde empezó a verse mariposas que con los rayos de luz se producía un efecto óptico tan reluciente que el bosque cobraba vida. Mirases a donde mirases había un animalillo observando. Los pájaros revoloteaban de rama en rama. Los enanucos estaban extrañados por el comportamiento de los animales. Era como si siguieran a un líder. Al llegar a un gran árbol, Pepón introdujo sus dedos entre la corteza y tiró de ella. Era una pequeña puerta dentro del mismo tronco. Comenzaron a entrar los enanucos uno tras otro.

—Entra tú, Erik.

—¡Pero si es una puerta muy pequeña!

El interior estaba muy oscuro. Erik se puso de rodillas para entrar. Cuando fue a poner las

manos en el interior del árbol perdió el equilibrio y empezó a descender por un tobogán. Solo veía farolillos con velas, tierra y raíces. El final del recorrido era una cortina de agua que terminaba en una alberca de agua calentita que solo llegaba por los tobillos. Al caer en el agua otra vez empezó a sentirse raro. Le salieron las membranas en los dedos y escamas en las piernas.

Pepón cayó detrás de él. Salió de la alberca y se colocó junto a los demás. Se quedaron asombrados al verlo. Pepón tartamudeando de asombro dijo:

—¡Tú... tú... tú eres un tritón!

—No, solo soy un niño.

Erik salió del agua y al instante le desaparecieron las membranas y se le cerró la rajita que tenía detrás de las orejas.

—¿Sabes que tienes un gran poder? —dijo Pepón.

—¿Un gran poder? ¿Qué dices? Si solo soy un niño.

—Un niño con un gran poder —repitió Pepón asombrado.

—Bueno, Erik, luego hablamos. Ahora comeremos algo y más tarde te contaré qué es lo que te ha pasado.

—Sí, claro, ya me suenan las tripas.

—Bienvenido a nuestra humilde morada.

—Gracias, es muy bonita.

El interior de la casa era como una gigantesca madriguera. Las paredes de piedra con muchas habitaciones, una gran cocina y un amplio salón-comedor en la cual había una mesa muy larga con sillas pequeñas a su alrededor. Mientras que Pepón enseñaba la casa construida de piedra y madera, los demás enanucos cocinaban y preparaban la mesa para cenar. Erik estaba impresionado de lo bonita que era. Pepón le enseñaba un árbol genealógico que tenía dibujado en una de las paredes. Mientras cocinaban los demás cantaban una canción que la letra decía: «Diredín diredón, nos vemos de pesca, diredín diredón, para traer pescado a la mesa, dubidun dubidan, las campana de mi barca sonaran».

Una vez lista la cena ocuparon la mesa en la cual no cabía ni una alfiler más de tanta comida como había. Antes de empezar a cenar dijo Pepón:

—¡Te voy a presentar a mi gran familia! Este se llama Pepín. Estos son Pepote, Petete, Pepito, Petán, Peponetti, Pepepín, Petapón, Peto, Pepeta, Petatti, Pepina, Peponi y Pepinita. Esta última es mi hija.

Erik, boquiabierto, dijo:

—¡Pues mi tía se llama Pepi!

Todos se echaron a reír:

—Ja, ja, ja.

—Es raro, ¿por qué todos vuestros nombres empiezan por pe? —preguntó Erik.

—Es muy fácil, es en honor a nuestros bisabuelos. Él se llamaba Pablo y ella Esmeralda. Hemos cogido sus iniciales para recordar siempre de dónde venimos.

Una vez hechas las presentaciones comenzaron a comer. Había una gran variedad de platos: carne, pescado, verduras, frutas... pero Erik no le quitaba ojo a una bandeja llena de insectos.



Pepón le invitó a que lo probase, pero él, riendo, negaba con la cabeza. Al final le pudo la curiosidad y probó uno. Al parecer le gustó porque repitió. Junto a la bandeja de insectos había otra con caracoles del tamaño de un huevo. Erik cogió uno, sacó con un palillo la carne de su interior, se lo metió en la boca y al masticarlo soltó una espesa babilla. Le repugnó. Se levantó de la silla buscando algún sitio donde escupirlo. Todos al verlo reían a carcajadas. Se enjuagó la boca en la fuente que tenía la alberca. De nuevo le salieron las membranas en las manos y escamas en las piernas. Los enanucos al verlo pararon de reír.

—¡Otra vez! —dijo Erik.

—¡Acércate! Te contaré qué es lo que te pasa. Pepinita, trae el cofre.

—¿Qué cofre, papá?

—El cofre donde se encuentra la pipa que hizo mi bisabuelo.

—¿La espuma de mar?

—Sí, se llama así porque está hecha de un mineral que se crea bajo el mar. Es mágica, absorbe las historias de esta isla desde su creación. No me preguntéis el porqué, no lo sé. Lo único que sé es que la bisabuela Esmeralda era hechicera.

—¡Toma, papá!

—Pepinita, apaga alguna de las velas. Con tanta claridad no podremos ver el humo. Erik, ven, siéntate. Veremos el porqué y te contaré todo lo que sé.

Pepón sacó de aquel cofre la espuma de mar. Aquella pipa era grandota, tallada a mano con forma de galeón, con una sirena en la parte delantera y de color blanco azulado. Estaba hecha de un material llamado sepiolita, era similar a una esponja rígida. La cargó de tabaco y la encendió. El humo que desprendía dibujaba siluetas de sirenas nadando en el mar. Pepón comenzó a hablar...



—Hace cientos de años hubo una batalla de dioses. Se la conoce como la batalla de los titanes, los vencedores se repartieron el mundo. Los dioses se llamaban Zeus, Poseidón, Ares y Hera. Zeus se quedó con el cielo y el aire. Poseidón con las aguas. Ares con el inframundo. Y Hera, la única diosa, hermana y amante de Zeus, muy celosa y vengativa, quería a Zeus solo para ella. Pero Zeus, dios del cielo, estaba enamorado de una reina mortal llamada Alcmena, con la cual tuvo un hijo llamado Heracles que era un semidios con la fuerza de los dioses. La reina Alcmena mandó hacer un reino para Heracles. Vivía en este templo construido con carácter defensivo y situado en este bello islote. Fue creado para proteger a los navegantes y comerciantes. Heracles un día se metió en el mar a nadar, al salir de allí su pie derecho se le quedó atrapado entre dos rocas. Su grandiosa fuerza no lo ayudaba a escapar y el agua ya le llegaba por los hombros. Pero de pronto vio a lo lejos el agua burbujear. Decenas de criaturas se acercaban a él. Eran hermosas sirenas las cuales lo ayudaron a desprenderse de las rocas. Se dice que las sirenas son las Nereidas, hijas de los dioses Nereo y Doris. Que son las protectoras de los navegantes. Heracles se enamoró de una de ellas, se llamaba Yanira. Todo iba muy bien, estaban enamorados. Un día él tuvo que marchar hacia tierras lejanas.

—¿Pero qué tiene que ver eso conmigo, Pepón?

—Te sigo contando. Al irse Heracles todo cambió. Tritón era un guerrero al que Poseidón regaló un brazalete, el cual lo convertía en mitad pez y mitad humano, para custodiar las puertas de una cueva.



Ahí estaba encerrada una bestia marina: una serpiente de dos cabezas. Hera, celosa por el amor de Heracles y Yanira, quiso desatar a la bestia y encarcelar a las sirenas.

Ella bajó a la tierra convirtiéndose en sirena. Se acercó a Tritón seduciéndolo en la orilla de las rocas diciéndole que el brazaletes que llevaba era muy bonito y si se lo dejaba probar. Tritón accedió a dejárselo. Aquel guerrero rompió en esos instantes el hechizo. Ella lo tocó y lo petrificó. Le quitó las llaves del portalón, lo empujó al mar y lanzó el brazaletes, desatando a la bestia que se alejaba hacia las profundidades del océano.

Hera empezó a gritar pidiendo auxilio. Las Nereidas, al escuchar esos gritos desoladores, se acercaron. Hera, aún convertida en sirena, lloraba dando pena y les contaba que Tritón estaba malherido en la cueva. Todas entraron en ella nadando. Dentro existía un manantial que conectaba con el mar. Una vez todas dentro, Hera cerró aquel robusto portalón forjado lanzando las llaves al mar. Se quedaron allí atrapadas. Se fue riendo y diciendo en voz alta: «¡Los peces a la pecera, aquí nadie os escuchará cantar!».

Pepón le pidió a su hija que encendiera las velas y que pusiera la espuma de mar en su sitio.

—Erik, ya sabes el porqué de lo que te ocurre.

—Entonces, ¿es este brazaletes! ¿no lo quiero!

—No puedes desprenderte porque él te eligió.

—No, lo encontré yo.

—Él quiso que lo encontrases, solo una persona con un corazón puro podrá poseerlo.

—Pero no puedo hacer nada. Solo soy un chaval.

—Erik, ese brazalete es único. Puede hacer que las cosas cambien y liberar a las sirenas. En su reverso contiene unas letras.

—Sí, pero no sé qué pone. Está escrito en un idioma que desconozco.

—Déjame que lo vea.

—¡Toma!

—Este idioma es latín y su traducción es: «Quien domina el mar, domina todas las cosas». Ahora tendrás que aprender a dominar este poder para liberar a las Nereidas y atrapar a ese monstruo que destruye barcos.

—Yo no creo ser el adecuado. No sé qué hacer.

—No te preocupes. Sé de alguien que te podrá ayudar. Mañana iremos a ver a Yanira.

—¿La sirena? ¿Pero no dices que está encarcelada?

—Sí, desde aquí hicimos un túnel para salir a la playa, pero nos equivocamos de dirección y dimos con una gruta donde se encuentran ellas. Somos los únicos que sabemos dónde están, pero no podemos hacer nada.

—¿Por qué no hacéis un túnel más grande?

—Tardaríamos cien años. Las paredes son de un material muy duro. Los picos y las palas se desgastan muy rápidamente. Ya lo hemos intentado y solo hemos conseguido hacer un túnel muy estrecho. Aunque lo hiciéramos, no sobrevivirían sin agua. Además, la serpiente acabaría con ellas a mar abierto. Tenemos que buscar la forma de encerrar a esa bestia. Ahora recogeremos la mesa y mañana veremos qué hacer.

—Vale, mañana será otro día. Pero no creo que pueda hacer nada.

—Erik, si tienes ese brazalete es porque eres valiente, tienes bondad y luchas por los demás. Lo tienes todo, nosotros te seguiremos y ayudaremos.

—Sí, no sé qué hacer. Estoy perdido en esta isla. Pero lo intentaré. Tienes razón, hay que ayudarlas y no seré yo quien les dé la espalda.

Una vez recogida la mesa, Pepón le enseñó una habitación donde había una cama hecha de caña y el colchón era un saco relleno de hojas frescas de plantas aromáticas.

—Erik, esa será tu cama.

—Es un poquillo rara, ¿no?

—Mañana me contarás. Bueno, me voy que tengo la panza llena y muchísimo sueño.

—Hasta mañana, Pepón, gracias por todo.

—Es todo un placer que te quedes con nosotros. Hasta mañana.

Pepón cerró la puerta. Erik se tumbó en la cama, la cual era muy incómoda. No encontraba la postura. En el momento en que cerró los ojos entró en un profundo sueño. Soñaba que estaba en la playa montado en un hermoso caballo negro y su amiga Nayala iba en otro caballo blanco. Cabalgaban juntos en la orilla del mar en un precioso atardecer y la brisa acariciaba el pelo de ella. Erik estaba profundamente dormido. Toda la noche estuvo soñando con ella.

## Capítulo VIII

A la mañana siguiente, al despertarse, se levantó de la cama y la miró sorprendido. Estaba el colchón hundido. Las hojas estaban secas. Salió de la habitación y se dirigió al salón. Allí estaban todos los enanucos alrededor de la gran mesa desayunando. Pepita dijo:

—Siéntate aquí con nosotros.

—¿Te apetece un «griete»?

—¿Eso qué es?

—Es una infusión que hacemos a base de raíces y flores. Tiene muchas propiedades.

—Sí, me tomaré uno.

—¿Y qué tal has dormido? —preguntó Pepón.

—Muy bien, he estado toda la noche soñando y me he levantado estupendamente. Pero al despertar pude observar que la cama crujía al moverme y las hojas del colchón estaban secas.

—Todos los días salimos a por hojas frescas, las cogemos de unos arbolillos mágicos que nos las proporcionan diariamente. El olor que desprenden te hace soñar hasta que se secan y pierden su efecto.

—Nunca soñé como esta noche. Ha sido un sueño increíble, parecía real. El colchón era un poco incómodo al principio pero luego te absorbía.

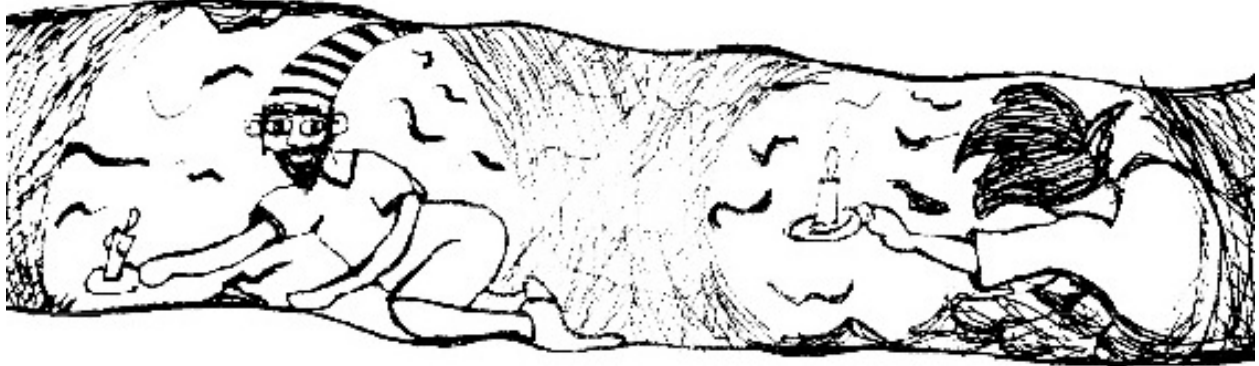
—Toma, aquí tienes la taza de griete.

—Gracias, Pepinita. A ver que lo pruebe. Umm, qué rico está. Me es familiar este sabor. Es como la tarta de queso que prepara mi tía.

—Esta hija mía es una gran cocinera y prepara magníficas infusiones. Erik, desayuna bien que en unas horas iremos a ver a las sirenas.

Terminaron de desayunar y algunos enanucos salieron a la superficie a por hojas y leña. Los demás se quedaron en la casa para limpiar y preparar las bolsas con comida para las sirenas. Al cabo de unas horas, cuando regresaron, dejaron los troncos y las hojas en la cocina. Pepón dijo que ya era la hora de ir a verlas y empezaron a preparar unos candiles para poder iluminar el túnel.

Cogieron las bolsas con comida, encendieron las velas y se metieron uno a uno por el túnel.



El agujero era muy estrecho, tenían que caminar a gatas. El camino era oscuro y húmedo. Solo veían donde las velas alumbraban. A mitad del túnel había una bifurcación. Un camino daba a la playa y el otro a la gruta donde se encontraban las sirenas. Cada vez el túnel era más estrecho. Erik, que era el más corpulento, se tuvo que tumbar para seguir avanzando. Al llegar al final del túnel tuvieron que descender por una cuerda de unos dos metros. La gruta era una maravilla. El techo estaba lleno de estalactitas y el suelo de estalagmitas que rodeaban un lago cristalino color esmeralda. Allí se encontraban todas las sirenas. Algunas en el agua y otras sobre las rocas. Erik no creía lo que veía. Se quedó boquiabierto al ver aquella cueva y la belleza de esas sirenas. Pepón le puso la mano en la espalda y dijo:

—¡Te has quedado pasmado!

—Sí, ni en mis mejores sueños me hubiera imaginado nada igual.

—Ven, vamos a hablar con ellas.

—Hola, Yanira.

—Hola. Pepón, creía que vendrías dentro de unos días.

—Sí, pero hemos venido antes. Quiero que conozcáis a Erik. ¡Ven muchacho! Esta es Yanira y todas las demás son sus hermanas.

—Hola a todas.

—Hola, Erik. ¿Qué os trae por aquí tan pronto, Pepón?

—¿No te has dado cuenta aún?

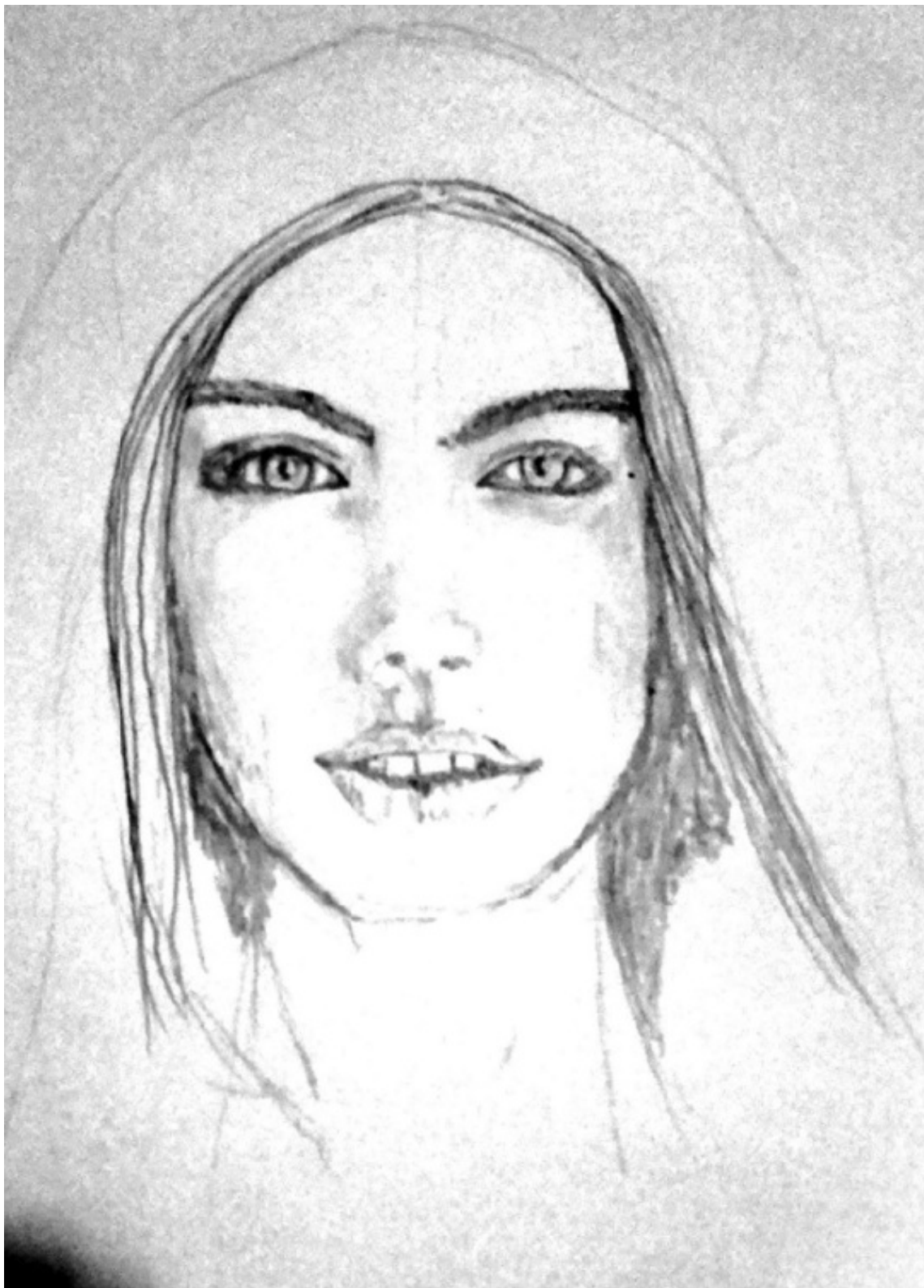
—No.

—Mira lo que tiene en el brazo, ¿lo reconoces?

—Claro, es el brazalete de Tritón. ¿Por qué lo tiene él si no es un guerrero?

—El brazalete lo eligió.

—¿Él sabe lo qué es?



—Sí, ayer le conté todo.

—¿Pero no es muy joven para poseer tanto poder?



—Tiene todo lo que le hace falta para ser un buen guerrero y atrapar a esa bestia. Le he contado que vosotras lo ayudaréis. Los dioses no se equivocan y por algo él lo posee. Nosotros nos iremos y él se quedará aquí. En unos días volveremos e iremos a por esa bestia. Mientras tanto, él deberá aprender a canalizar los poderes de este brazalete.

—De acuerdo.

—Hemos traído unas bolsas con alimentos para vosotras y para él también.

Erik, que lo estaba escuchando todo, no dijo ni una palabra.

—Bueno, Erik, te dejamos en buenas manos. En unos días regresaremos.

—Vale, haré lo que pueda.

Los enanucos se despidieron de las sirenas y de Erik. Poco a poco fueron trepando por la cuerda y desapareciendo por aquel túnel.

Erik estaba cortado. Las sirenas se acercaron a él y una de ellas le preguntó:

—¿De dónde eres?

—Soy de un poblado llamado Sancti Petri. ¿Lo conocéis?

—No, no nos suena. ¿Y qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Dejadlo ya tranquilo. No le hagáis más preguntas. Erik, métete en el agua. Veamos qué sucede.

—Como me meta en el agua mi aspecto cambiará.

—No te preocupes, lo sabemos.

Erik se tiró al lago de cabeza y a los minutos salió del agua dando una voltereta en el aire y cayendo al agua de nuevo.

—Acércate, Erik, te has convertido en un tritón. Eres como nosotras pero con poderes. Ahora podrás controlar el agua, hacer remolinos, olas gigantescas y dividir las aguas. Tendrás que aprender a controlar tu fuerza y nosotras te enseñaremos. Erik, si estás preparado empezaremos con tu entrenamiento.

Ella comenzó a enseñarle los movimientos para poder hacer fluir el agua. Él lo intentaba una y otra vez pero no conseguía mover nada. Ella le hacía repetir todos los movimientos. Una vez aprendidos Yanira le dijo:

—Erik, tranquilízate y concéntrate. Cierra los ojos, tus dedos tienes que sentir cómo el agua conecta con tu cuerpo. Cuando sientas eso podrás moverla a tu antojo.

—Vale, voy a intentarlo.

—Concéntrate, simplemente siéntelo.

Erik se concentró de tal forma que el agua comenzó a subir por sus brazos. Efectivamente todo ocurrió como Yanira le había dicho. A partir de ese momento cada movimiento de él era pura armonía. Movía el agua tal y como quería.

—¡Erik, ya lo tienes!

—Es increíble, puedo hacer que el agua flote, subir, bajar y cambiar de forma.

—¡Enhorabuena, lo has conseguido! Ahora tendrás que descansar un poco. Estarás cansado del viaje. Luego seguiremos.

—Sí, un poquillo, he tenido que venir a gatas porque el camino era muy estrecho.

—Tendrás hambre; ahí tienes fruta. Come algo y repón fuerza.

—Vale, comeré algo y luego seguiremos entrenando.

Erik salió del agua y se acercó a aquella bolsa de mimbre y cogió unas ciruelas.

—¿Me das una? —preguntó una de aquellas sirenas que estaba sentada en una roca a la orilla del lago.

—Sí, claro. ¡Toma! ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Ferusa.

Ferusa era muy hermosa. Tenía los ojos grandes y almendrados y el pelo largo color negro azabache.

—Erik, antes dijiste que si conocíamos de dónde procedías. Yo una vez vi ese nombre en un barco escrito. Ponía en letras pequeñas Sancti Petri y sobre eso en letras grandes «EL GAVIOTA».

—No me lo puedo creer. Ese era el barco de mi amigo Puchi.

—¿De tu amigo Puchi?

—Sí, Puchi me contó que una vez lo salvó una sirena y se enamoró de ella. Todos los días la espera al amanecer sentado allí en el paseo marítimo.

—Yo una vez ayudé a un hombre. Lo besé, era guapísimo. Estaba malherido, algo lo golpeó en un ojo.

—Sin duda ese era Puchi. Me contó que antes de caer algo lo golpeó en la cara.

—Solamente lo vi un día. Me sucedió lo mismo que a él, la pena que nunca más volví a verlo.

—Pero ahora que lo pienso... tú eres mucho más joven que él.

—No, no es que seamos más jóvenes. Nosotras, las Nereidas, no envejecemos.

—¡Ah! Tengo ganas de ver a Puchi y contarle que he conocido a su amor platónico.

De pronto Yanira exclamó:

—¡Chico! ¿Estás listo? ¿Seguimos con el entrenamiento?

—Sí, enseguida voy. Ferusa, luego te contaré algo más de él.

—Sí, me haría mucha ilusión.

Erik se lanzó al agua y siguió con el entrenamiento.

## Capítulo IX

A la mañana del cuarto día se escuchaba el cantar de los enanucos que se aproximaban por el túnel.

—Buenos días, ya estamos aquí.

—Hola, Pepón, ya estoy preparado.

—Ya te dije que te enseñarían y sacarían todo tu instinto guerrero.

—A ver, enséñanos algo.

—Un segundo, me tiro al agua.

Todos estaban ansiosos por ver a Erik. Se colocaron todos a la orilla del lago.

—Mira, Pepón, voy a hacer una bola de agua.

Erik hizo flotar el agua convirtiéndola en una esfera del tamaño de una sandía.

—¡Es increíble, Erik!

—Pues eso no es nada, mira. Ahora haré más y de diferentes tamaños.

—¡Qué chulo! Parecen burbujas.

—¡Pepón!

—¿Qué, Erik?

—Toma, cogedlas.

Erik lanzó todas las esferas de agua a los enanucos.

—No, no, para, para.

Ya era demasiado tarde. Los puso chorreandito desde los pies a la cabeza. Las sirenas no paraban de reír.

—Erik, ¡mira cómo nos has puesto! —dijo refunfuñando Pepón.

—No es para tanto. Es solo agua, además, en un ratito estaréis secos.

Yanira se acercó a Pepón y dijo:

—¡Ya está preparado!

—A la vista está. Mira cómo nos han puesto. Erik, en un ratillo iremos a por la bestia.

Conciénciate de que no será nada fácil.

—Sí, claro. Estoy preparado.

—Pero antes iremos a la playa, están los demás preparando las barcasas.

—¿Barcasas para qué?

—Para ayudarte. Hemos fabricado una red para atraparlas.

Ferusa se acercó y dijo:

—Tenéis que tener mucho cuidado. Es muy poderosa y no se dejara atrapar fácilmente.

—La atraparemos, esa red que hemos fabricado es muy resistente. Erik, ve despidiéndote que dentro de nada empezará a oscurecer y la noche se nos echa encima.

—Opino lo mismo, Pepón.

Erik fue despidiéndose de todas. Ferusa se acercó a él dándole un colgante que poseía un botecillo con una pócima hecha de raíces.

—¡Toma! Si alguno resulta herido solo tiene que tomarla.

—Gracias, Ferusa.

Poco a poco fueron desapareciendo por el túnel. Al llegar a la playa Erik dijo:

—Pepón, me duelen los ojos.

—Es normal. Llevas en aquella gruta cuatro días. Es por la luz del sol. En un ratillo se te pasará. Ven, allí están los demás fabricando las barcazas.

—¡Qué raras son!

—Sí, son rarillas. Pero son insubmergibles. Están hechas de junco y cuerdas fabricadas con fibras de coco.

—¿Fibras de coco?

—Sí, de esa forma hacemos las cuerdas. Cogemos los cocos y le quitamos lo que lo envuelve. Mira esto, ¿lo ves que parece pelo?

—Sí.

—Pues cogemos la corteza y con dos piedras las machacamos. Se le desprende unos hilachos. Luego lo frotamos con las dos manos para sacar finos hilos los cuales trenzamos para crear fuertes cuerdas que son las que usamos para amarrar los juncos y darle forma de barca. Lo mejor es que son insubmergibles y lo peor es que solo duran una semana. Se pudren con el agua salada.

—Pues sí, es buena idea. Parece una alpaca de paja.

—¡Ven, chaval! Coge esa cuerda y tira de ella. Haremos un nudo para terminarla. Tiene una forma muy chula, parece un *croissant*. Con estas cuatro barcas podremos atraparla. Petán, ¿habéis acabado vosotros?

—Sí, ya la tenemos lista.

—Petete, ¿las vuestras las tenéis listas?

—Sí, solo nos queda amarrar los remos.

—Pues en cuantito las tengáis, id metiéndolas en el agua. Erik, meteremos esta en el agua y amarraremos un extremo de la red a la popa. Las barcazas las pondremos paralelas y en parejas para que cuando tiremos de la red el coco se quede bien estirado.

—Pepón, la barcaza pesa mucho, ¿flotará?

—Claro que flotará.

Una vez estuvieron los botes acabados, los empujaron hasta la orilla, amarraron la red y se adentraron en el mar, los enanucos se montaron de tres en tres en cada bote.



Erik se subió en la barca donde iba Pepón y le preguntó:

—Pepón, ¿yo qué debo hacer?

—Erik, eres el mejor nadador y más rápido que la serpiente. Lo mejor será que tú seas el cebo para que se acerque a nosotros y entre en la red.

—Buena idea, me tiraré al agua.

—Espera, aún no sabemos dónde está. Esperaremos un ratillo, cogeremos posición y tiraremos los rezones para quedarnos anclados y que no nos mueva la corriente.

—Me parece estupendo.

El día estaba soleado y el mar como un plato. Pasaron horas esperando, pero no se veía a esa malvada serpiente.

—Pepón, tengo una idea.

—Cuéntame.

—Podemos golpear el agua con los remos, de esa forma llamaremos su atención.

—De acuerdo, creo que así funcionará.

Pepón avisó a los demás enanucos que estaban en las otras barcas para que llevaran a cabo su plan. Al cabo de un rato, a media milla de ellos en el horizonte se apreciaba una estela de grandes olas.

—Ya está allí. Todos atentos. Erik, ¿estás listo? —dijo Pepón.

—Sí, allá voy.

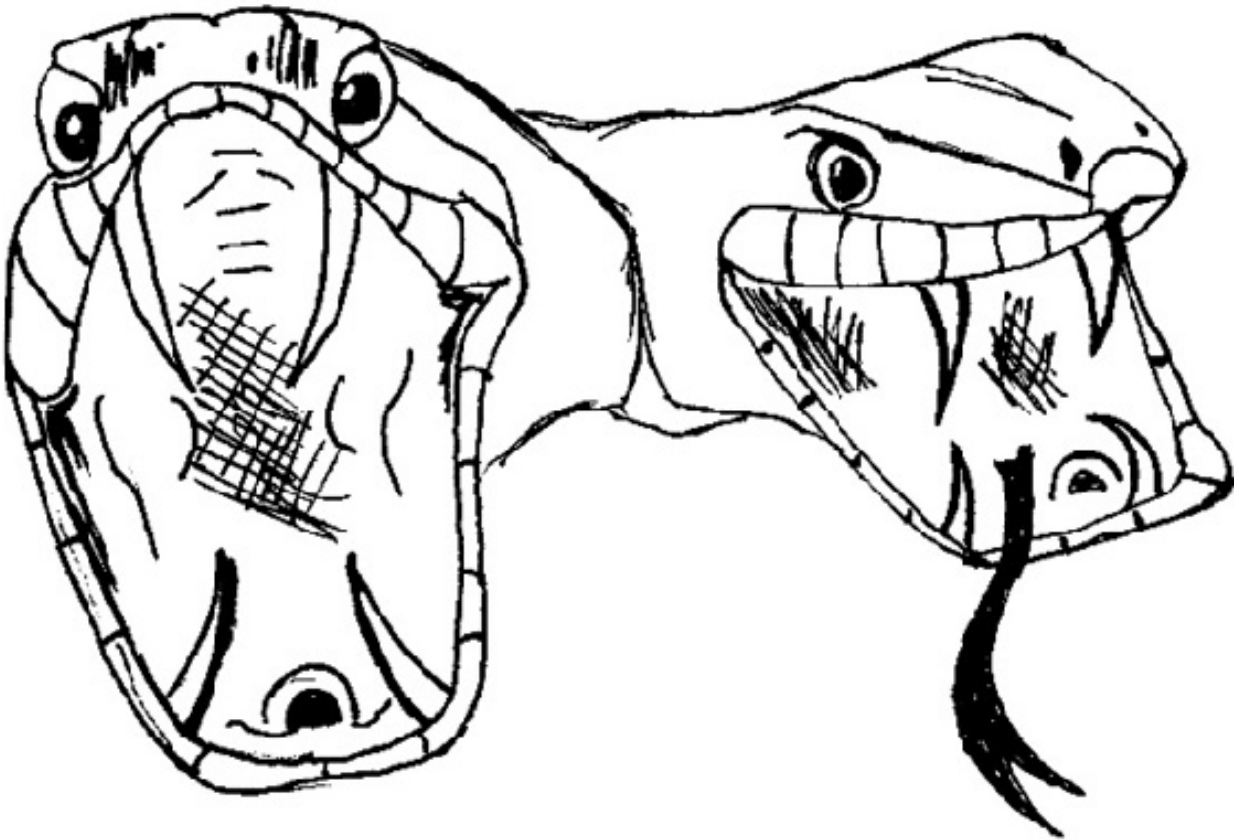
—Ya puedes ir a por ella, pero ten mucho cuidado.

—Sin duda.

Erik se tiró al mar convirtiéndose en un tritón y fue en busca de aquella serpiente. Erik cogió hacia otra dirección para no encontrársela de frente. Se colocó detrás de ella. Se agarró a su cola, pero la serpiente se retorció para intentar engullirlo. Él fue más rápido y ágil que ella.

La serpiente, al tener dos cabezas, le costaba coordinar a la hora de abalanzarse sobre él. Erik daba vueltas a su alrededor y creaba remolinos para desorientarla. Cuando ya estaba aturdida, Erik decidió llevarla hacia la trampa. La serpiente lo seguía a gran velocidad pisándole los talones.

Abría sus fauces. Él esquivaba aquellas cabezas, miraba hacia atrás y solo veía mandíbulas acechándolo.



Al llegar a la red rápidamente cambió de dirección con la mala suerte de que aquella serpiente le arrió un coletazo. Lo dejó inconsciente y cayó a las profundidades. Era tanta la velocidad de aquella bestia que una vez dentro de la red arrastró las barcas. Tan fuerte fue la embestida que se soltaron hasta los rezones que las sujetaban. Los enanucos cayeron al agua. Aquella bestia escapó de la red y se fue alejando; los botes se encontraban a la deriva.

Los enanucos tenían unos cinturones hechos de calabaza seca que los usaban como flotadores. Se fueron sujetando entre ellos al ver la sombra de algo bajo el agua. No sabían qué era. A los minutos emergió un ser peludo con cola de pez. Llevaba en su lomo a Erik inconsciente.



Los enanucos, sorprendidos y con gran valor, se acercaron a él. Pepón intentaba despertar a Erik. El ser peludo le dio un lengüetazo en la cara a Pepón. Él enseguida se dio cuenta de que era una criatura buena y que había aparecido para ayudarlos. Los enanucos se agarraron a él y aquel ser peludo los llevó hasta la orilla. Petete cogió el frasco que Erik tenía colgado y derramó el líquido sobre sus labios. Al cabo de unos segundos Erik se fue reponiendo.

—Erik, ¡despierta! Soy yo, Pepón.

—¿Qué me ha pasado? Estoy un poco mareado. ¿La hemos atrapado?

—No, no hemos podido. Esa serpiente tiene mucha fuerza y partió la red.

—¿Y las barcas?

—Nos tiró de ellas. Las desplazó lejos de nosotros.

—¿Cómo habéis salido del mar? ¿Y cómo he llegado yo aquí?

—Mira al agua. Ese ser peludo nos ayudó.

—¡Pero si es Nerón!

Erik se levantó y se acercó a él para abrazarlo.

—Nerón, ¿dónde te habías metido? ¿y qué te ha pasado?

—¿Lo conoces, Erik? —preguntó Pepón.

—Sí, es Nerón, mi perro. Pero está muy grande y con cola de pez. No sé qué le ha pasado.

—Erik, creo que la primera vez que te transformaste él estaba a tu lado y el poder del brazalete lo convirtió en un ser acuático.

—¿Pero cómo puedo partir el hechizo?

—Solo podrás en el momento en el que te lo quites definitivamente.

—Nerón, no te preocupes. Cuando consigamos encerrar a esa bestia me desprenderé de él para siempre y nos iremos a casa.

Nerón empezó a mover la aleta de alegría.

—Erik, necesitamos recuperar las barcas —dijo Pepón.

—Nerón y yo iremos a por ellas.

—No, Erik, necesitas descansar. Te llevaste un tremendo golpe.

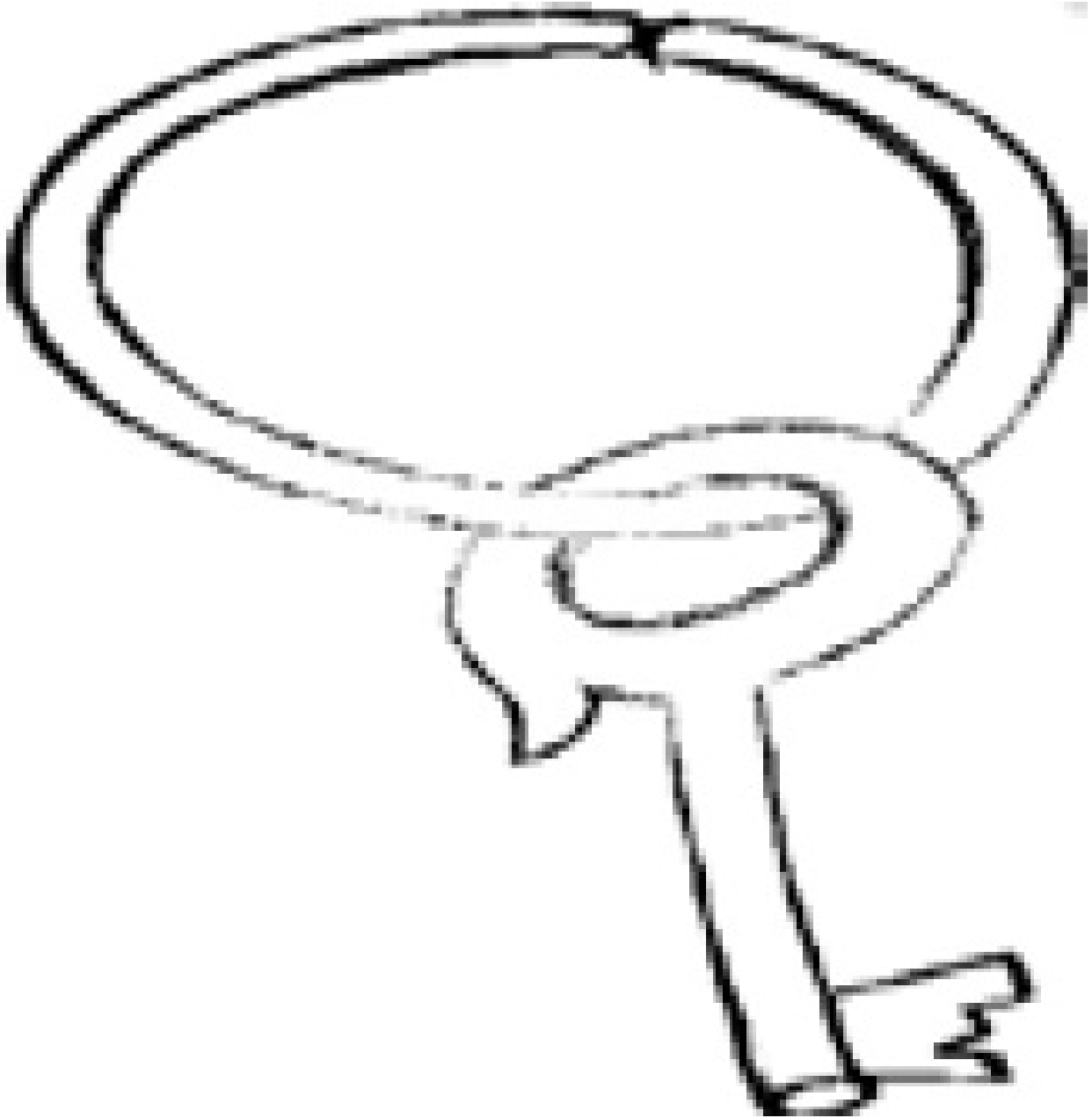
—¡Iré yo! Me hace ilusión montarme encima de Nerón —dijo Petete.

—Sí, sí, súbete a su lomo. Tú podrás amarrarlas para que él tire de ellas. Las repararemos y volveremos de nuevo a por esa serpiente —dijo Pepón.



## Capítulo X

Una vez ya las barcas en la orilla las inspeccionaron por si tenían algo roto. Pepita tiró de uno de los cabos que sujetaba un rezón. Cuando lo sacó del agua percibió que llevaba enganchado un aro forjado de acero viejo que poseía una gran llave cilíndrica.



—¡Papá, mira! Es una llave.

—¡Déjame verla!

—¡Qué grande es! Creo que puede ser la llave del portón donde están atrapadas las sirenas.

—¿A qué esperamos? Vamos a probarla.

Rápidamente fueron hacia las rocas. Al llegar allí, Pepón introdujo la llave en aquella cerradura y la giró. Pero el portón no abría porque las bisagras estaban engarrotadas por el óxido. Todos tiraban de ella.

—¡Tengo una idea! Prepararé una antorcha y calentaremos las bisagras para que dilaten el metal —dijo Petete.

—Luego habrá que enfriarlas. Yo me meteré en la orilla y desde allí lanzaré agua y ya podréis todos tirar de ella.

—¡Eso haremos, Erik! Pero no nos mojes como esta mañana.

—Solo quise gastaros una broma.

Prendió la antorcha y le dio calor a aquellas bisagras hasta ponerlas al rojo vivo. En aquel mismo instante Erik lanzó el agua diciendo:

—¡Ahora, tirad de ella!

Se agarraron todos a aquel portón que chirreaba al mismo tiempo que se abría.

—Pepinita, tendrás que ir a casa y traer un poco de aceite para aligerarla y no tener problemas para encerrar a esa bestia.

—Vale, papá, iré a por él.

—Cuando llegues, aquí estará Petete. Se lo das que sabrá qué hacer con él.

—¡Entremos! —dijo Erik.

Se adentraron en la cueva y al llegar al lago no veían a las sirenas.

—¿Dónde están, Pepón?

—No sé, Erik. De aquí no han podido salir.

Erik empezó a gritar: «¡Yanira! ¡Feresa!»). El sonido rebotaba haciendo eco en aquella gruta. De pronto algo se movía en el agua. Era una de las sirenas que asoma la cabeza.

—¿Dónde están las demás?

—Nos hemos asustado al escuchar que alguien venía y nos hemos sumergido en el lago. Esperad que las aviso.

Enseguida empezaron a aparecer una tras otra.

—Pepón, ¿cómo habéis entrado? —dijo Yanira.

—Hemos encontrado una llave y resulta que era la del portón.

—¡Entonces somos libres!

—Sí, pero aún está fuera esa serpiente. No hemos podido atraparla, golpeó a Erik y destruyó la red.

—Lo importante es que estáis todos bien. Salgamos de aquí y pensemos fuera cómo atraparla.

Una vez fuera de aquella cueva se reunieron todas las sirenas y se pusieron a cantar. Cincuenta voces al unísono con tanta potencia y armonía que llamaban la atención de los dioses. El cielo oscureció y entre las nubes cayó un rayo a la arena de la playa dejando allí una caracola marina.

Era de cristal con los filos dorados. Erik salió corriendo para ver qué era aquello. La cogió y dijo:

—Pepón, ¡es una caracola!

—Erik, entre las sirenas está Afritita. Hay rumores de que Poseidón está enamorado de ella y puede ser un obsequio para ti por haberlas liberado.

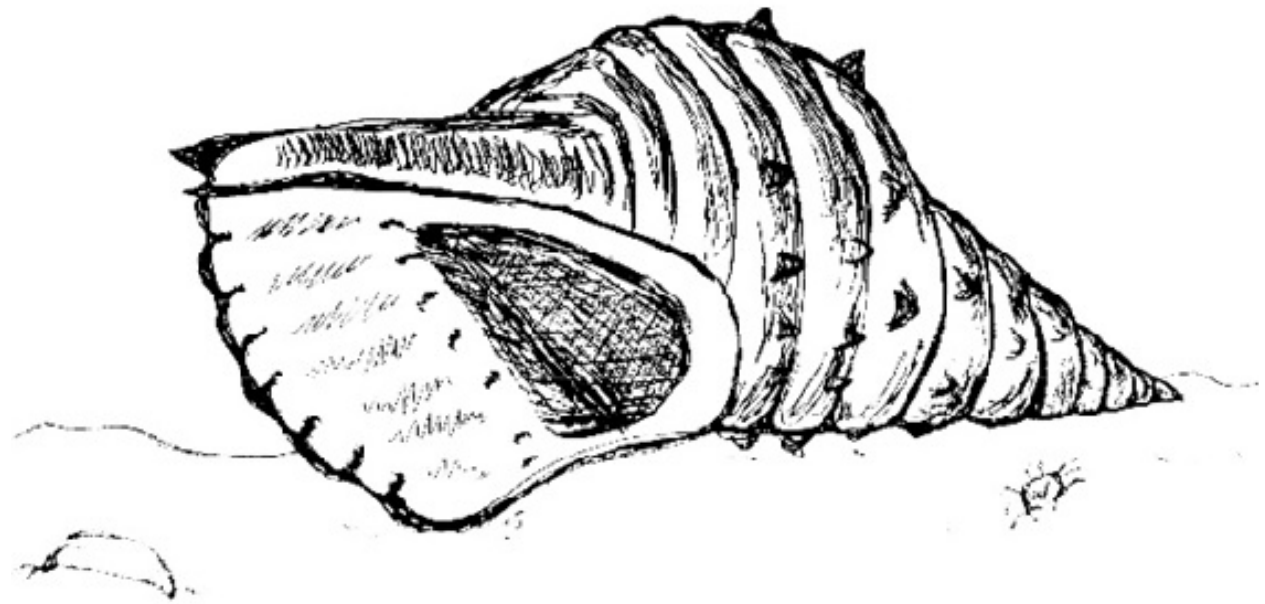
—¿Pero para qué sirve?

—Nosotros tenemos algunas para comunicarnos cuando vamos a pescar.

—Son simples caracolas... ¿cómo os comunicáis?

—Soplamos, el sonido se escucha a larga distancia y simula una trompeta pero mucho más grave.

—¡Toma Pepón! Sopla a ver cómo suena.



Pepón cogió la caracola y sopló fuerte.

El sonido era como el de un trueno, tan fuerte que tuvieron que ponerse las manos en los oídos por el dolor que sentían.

Las ondas abrían una franja en el agua de cientos de metros.

—¡Guau! ¿Qué diablos ha sido eso? Aún tengo pitidos en los oídos.

—Soplé fuerte pero no me esperaba que sonara de esa forma, me he asustado.

—Ja, ja, ja, que te has asustado, dices. Pues anda que yo, no sabía dónde meterme.

—¡Pepón!

—¿Sí, Yanira?

—¿Arreglasteis las barcas?

—Aún nos queda un poquillo, pero en unas horas estarán listas.

—Nosotras hemos pensado que pasaremos la noche dentro de la gruta. No nos fiamos de entrar en el mar.

—Vale, nos quedaremos con vosotras si os parece bien. Ya empieza a oscurecer.

—Sin problema, y pensamos entre todos cómo atraparla.

—Lo dejaremos todo preparado para mañana y enseguida vamos para dentro.

Yanira y las demás entraron en la gruta. Mientras tanto Erik se sentó en la arena observando la caracola, con el reflejo de los últimos rayos de sol en ella visualizaba imágenes de cómo capturar a la serpiente. Boquiabierto llamó a Pepón.

—¡Pepón, ven! He visto cómo podemos capturarla en la caracola.

—¿Pero qué dices, chaval? Te estás volviendo loco.

—De verdad, lo he visto. Después de todo lo que está pasando, ¿no me crees?

—Sí, claro que te creo.

—Cuando entremos os contaré lo que he visto.

Ya estaba oscureciendo. Los enanucos terminaron de arreglar las barcazas y se dirigieron a aquella cueva. Junto a la entrada hicieron una candela. Petan, Petapón y Peponi se quedaron vigilando la entrada. Una vez todos dentro Erik comenzó a contar a los enanucos y a las sirenas lo que había visto en aquella caracola de cristal. Todos estaban muy atentos sentados a su alrededor. Erik estaba de pie y contaba su visión de manera eufórica. Al final entre todos decidieron que esa era la mejor forma de atraparla.

Era tarde y estaban cansados. Ya era hora de dormir. Los enanucos se metieron entre las estalagmitas buscando un hueco en el que acurrucarse. Las sirenas se sumergieron en el agua menos Ferusa, que se quedó allí en la orilla. Erik se acercó a ella y le dijo:

—¿No descansas?

—Sí, pero quería hablar un ratillo contigo. Como me dijiste que me contarías algo de Puchi...

—Es verdad, me olvidé. Es que como me están pasando tantas cosas... pues estoy un poco despistado. ¿Qué te cuento de él? Es un hombre maravilloso. Me ha contado muchas historias y enseñado muchas cosillas, como pescar, hacer instrumentos... Es muy buena persona. Lo considero como uno de mis mejores amigos.

—Por la forma que lo describes lo debes de querer mucho.

—Sí, es un tío genial. Me contó que vio una sirena y no lo creí. Pensé que estaba desvariando. Si yo contara lo que estoy viviendo enseguida creerían que estoy loco.

—Ja, ja, ja. Me lo imagino. Creo que de donde tú vienes no habrá muchas como nosotras. Me haces muy feliz al contarme eso, pero la pena es que no podré conocerlo. Yo también pienso en él. No sé... cuando lo besé para darle aire noté que me palpitaba el corazón.

—Él recuerda eso, cuando tú lo besaste. Dice que vio una luz.

—No, Erik. Tomé aire, junté mis labios con los suyos para proporcionarle oxígeno. Él lo que vería seguramente eran burbujas que con el reflejo del cielo brillarían un poco.

—Pues sería eso.

—Erik, me encantó hablar contigo. Pero debemos dormir un poco. Mañana será un día ajetreado

y tenemos que estar con los cinco sentidos.

—Sí, tienes razón. Yo me iré allí junto a los enanucos que parece un buen sitio. Han puesto una especie de alfombra donde tumbarse. Hasta mañana, Ferusa.

—Hasta mañana, Erik.

Erik se dirigió a ellos y se tumbó. Aquello era como una orquesta. No había uno que no roncara. El pobre no podía dormir. Se levantó y fue a coger de la bolsa de la comida dos migas de pan para colocárselas en los oídos. Se volvió a tumbar y en unos minutos concilió el sueño.

# Capítulo XI

A la mañana del día siguiente los enanucos despertaron. Erik aún dormía. Pepón vio el momento de devolverle la broma. Se quitó el gorro de tela con forma de campana que descansaba sobre sus orejas. Lo llenó de agua y la vertió sobre él. Erik despertó dando un respingo y algo enfurecido. Se quitó las dos migas de pan de las orejas y dijo:

—¿Pero por qué me echas agua, Pepón?

—Para despertarte, dormilón. Es solo agua, eso nos dijiste ayer, ja, ja, ja.

Todos los enanucos reían, Erik no sabía qué decir.

—Desayuna, que nos vamos.

—¿Ya? Si he dormido muy poco.

—Como tú veas. Nosotros nos vamos.

—Sí, sí, esperadme. Cojo algunas frutas. ¿Yanira y las demás dónde están?

—Nos esperan fuera.

—¡Venga, vámonos, ya estoy listo!

Al llegar a la playa se reunieron todos.

—Hola, Yanira. Me quedé dormido.

—No pasa nada. Es buena hora y está subiendo la marea.

—¡Toma la caracola! Te hicieron una funda para que puedas colgártela.

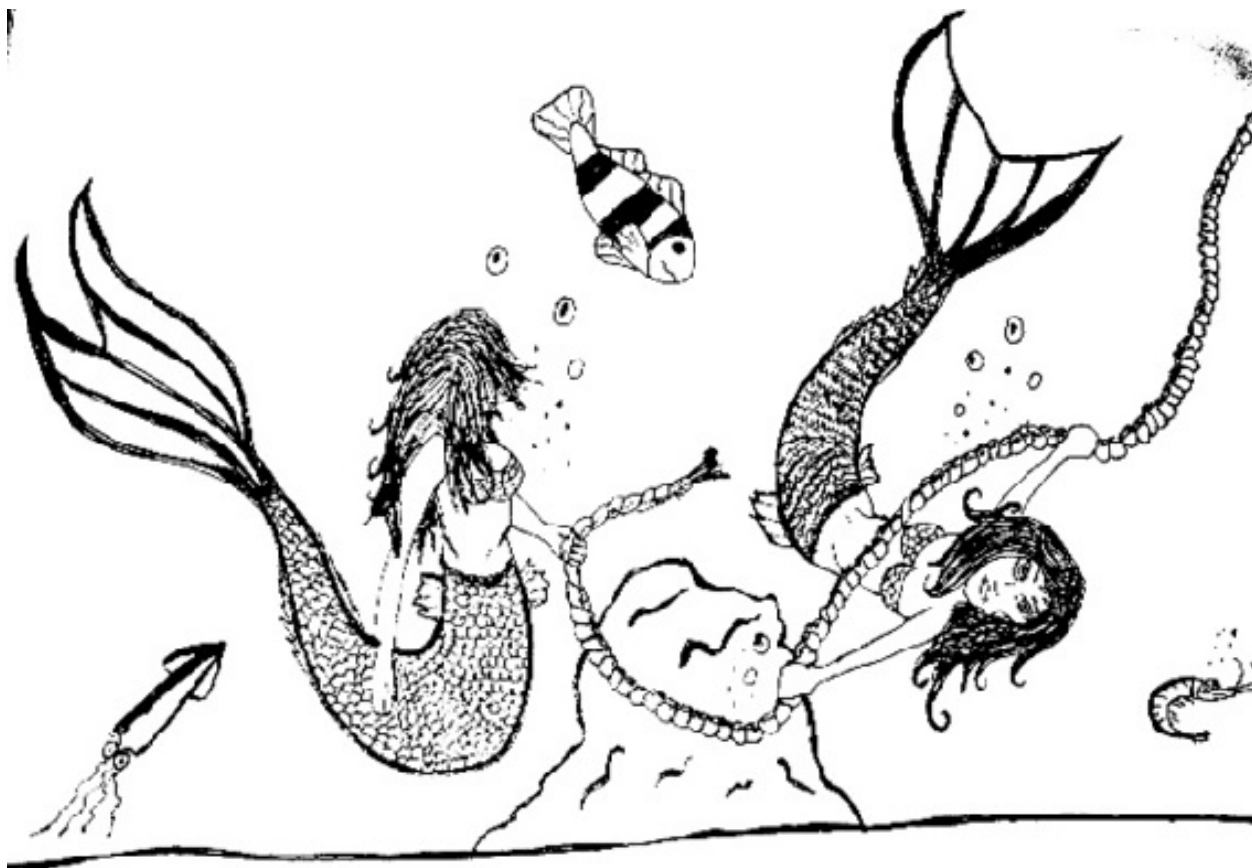
—Nosotros llevaremos nuestras caracolas. Será más fácil para comunicarnos a tanta distancia.

Iremos metiendo las barcazas en el agua —dijo Pepón.

—Yo me iré con Nerón. Me montaré en su lomo y me iré lejos donde pueda escuchar vuestra señal.

—Vale, nosotras ya sabemos qué hacer.

Esta vez separaron las barcas y fueron mar adentro. Tres sirenas empujaban cada barcaza y tres enanucos iban subidos encima de las barcas. Esta vez no llevaban red. Cuando cogieron posición golpearon el agua con los remos. A los pocos minutos ya se veía aquella malvada serpiente surcando las aguas a gran velocidad. Pepón sopló la caracola para dar aviso a los demás, le devolvieron el mensaje. Las sirenas amarraron las barcas en rocas de las profundidades. La posición de las barcazas formaba un cuadrado perfecto. Una vez ya estaba cerca aquella bestia, algunas sirenas se posicionaron en el centro de aquel cuadrado como cebo. En el momento en que la serpiente entró en la trampa las demás sirenas con cuerdas rodearon el cuerpo de ella amarrándola en la proa de las barcazas. Erik nadaba detrás de ella hasta que se pudo sujetar a su cola y montarse encima. Agarrándose con las cuerdas fue deslizándose hasta la doble cabeza. Estaba sin control, se sumergía y salía a la superficie.



Pero su fuerza empezó a disminuir por segundos. Erik, descansado y con el poder de mover el agua, pasó uno de los cabos por sus bocas. Los utilizó como riendas. Sopló aquella caracola. La serpiente, del cansancio y por el fuerte sonido, se rindió a él. Erik fue dirigiéndola a aquella cueva. La encerró por fin.

Cuando todos llegaron a la orilla Erik dijo:

—¡Ya se acabó todo, Yanira! ¡Toma la llave!

—Gracias por lo que has hecho por nosotras, Erik.

—Gracias, Erik. Ya te dije que eras un buen guerrero y un valiente —dijo Pepón.

—Ha costado pero entre todos lo hemos conseguido.

Los enanucos saltaban de felicidad y todos se abrazaban.

—Bueno, todo se acabó. Debo de marchar. Mi familia tiene que estar preocupada. Llevo muchos días aquí. Pero la verdad que no sé cómo volver.

—Erik, no te preocupes, te diré cómo —dijo Yanira.

—Gracias a todos, no os olvidaré.

—Ni nosotras tampoco. Gracias, Erik —dijo Ferusa.

—Eres todo un hombretón y en nombre de todos gracias una y otra vez. Vuelve cuando quieras. Aquí estaremos —dijo Pepón.

—Erik, ¿ya estás listo? —preguntó Yanira.

—Sí.

—Métete en el agua y agítala como te enseñé.

—Me olvidé de Nerón. ¡Ven, acércate! Ya es el momento, Nerón.

—Erik, haz un remolino. Cierra los ojos y piensa en ese lugar tal y como lo recuerdas.

Al crearse el remolino Erik fue engullido por las corrientes marinas volviendo a la playa del faro. Rápidamente se quitó el brazaletes. Salió del agua. Quedaban dos horas para el amanecer. Salió corriendo buscando a Mario y se dio cuenta de que no había transcurrido el tiempo en aquella isla.

Mario seguía en las hogueras con los demás.

—Erik, ¿dónde te habías metido?

—Mario, tenemos que irnos.

—¿Qué te pasa, Erik?

—Luego te cuento.

—Mangano, Boti, Nayala, nos vamos.

—¿Por qué, Erik? —dijo Nayala.

—Luego os cuento. ¡Daos prisa! Tenemos que volver a casa.

Salieron de la playa y se montaron en el coche.

—Erik, ¿y esa caracola?

—Es un regalo.

—¿De quién?

—Es una larga historia.

—¡Aligera, Mario! Tenemos poco tiempo.

—Erik, me estás asustando.

—No es nada. Pero es demasiado largo de contar.

Al llegar al chiringuito Erik y Nayala se bajaron del coche y se dirigieron al paseo. Allí estaba Puchi esperando el amanecer. Erik se acercó a él.

—Erik, ¡qué temprano te has levantado hoy!

—Puchi, la he visto.

—¿A quién, chiquillo?

—¡A Ferusa!

—No la conozco. ¿Quién es?

—Es la sirena de la que te enamoraste.

Aquel viejete con lágrimas en los ojos que le recorrían por las mejillas dijo:

—¿De verdad, Erik? ¿La has visto?

—Sí, Puchi.

—¿Dónde la viste?

—Es largo de contar.

—Yo lo dejaría todo por estar junto a ella.

—Puchi, es ahora o nunca. Antes de que amanezca.

Con medio sol anaranjado en el horizonte se dirigieron a la orilla. Erik le dio el brazaletes y le



contó todo lo que debía hacer y sabía de ella. Puchi se quitó los zapatos, la camisa y el gorro de capitán. Se colocó el brazalete y se fue introduciendo entre las olas. Cuando el agua le llegaba por la cintura se dio media vuelta. Alzó su brazo y agitó la mano para despedirse. A su alrededor se formó un remolino que lo engulló. Erik sujetó la mano de Nayala. Cogió ese gorro y se sentaron en la arena colocándose en la cabeza a ella. Le pasó el brazo por los hombros y allí se quedaron sin pronunciar palabra mirando aquel hermoso amanecer.



# Índice

[Capítulo I 9](#)

[Capítulo II 17](#)

[Capítulo III 23](#)

[Capítulo IV 39](#)

[Capítulo V 55](#)

[Capítulo VI 59](#)

[Capítulo VII 67](#)

[Capítulo VIII 81](#)

[Capítulo IX 89](#)

[Capítulo X 99](#)

[Capítulo XI 107](#)